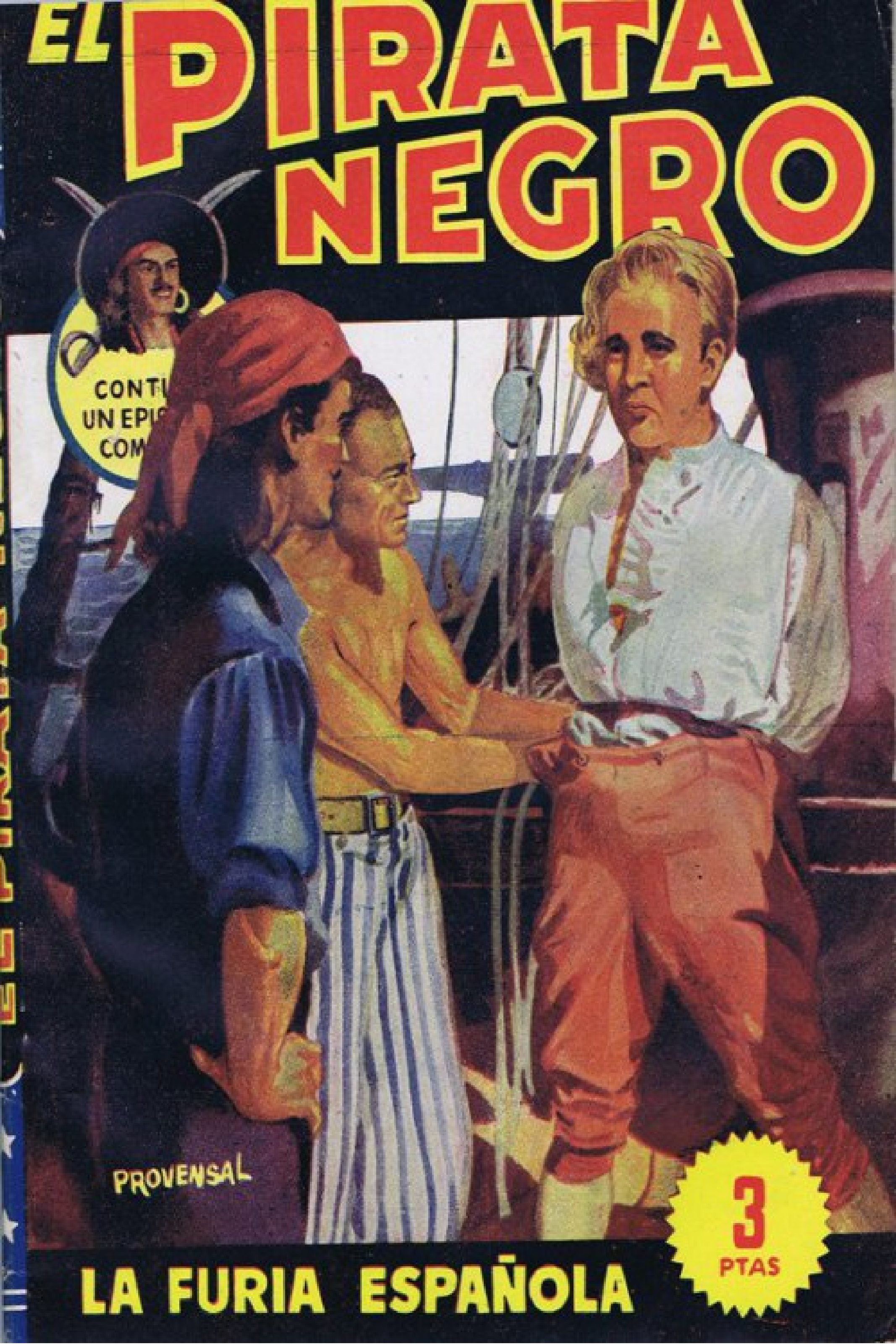
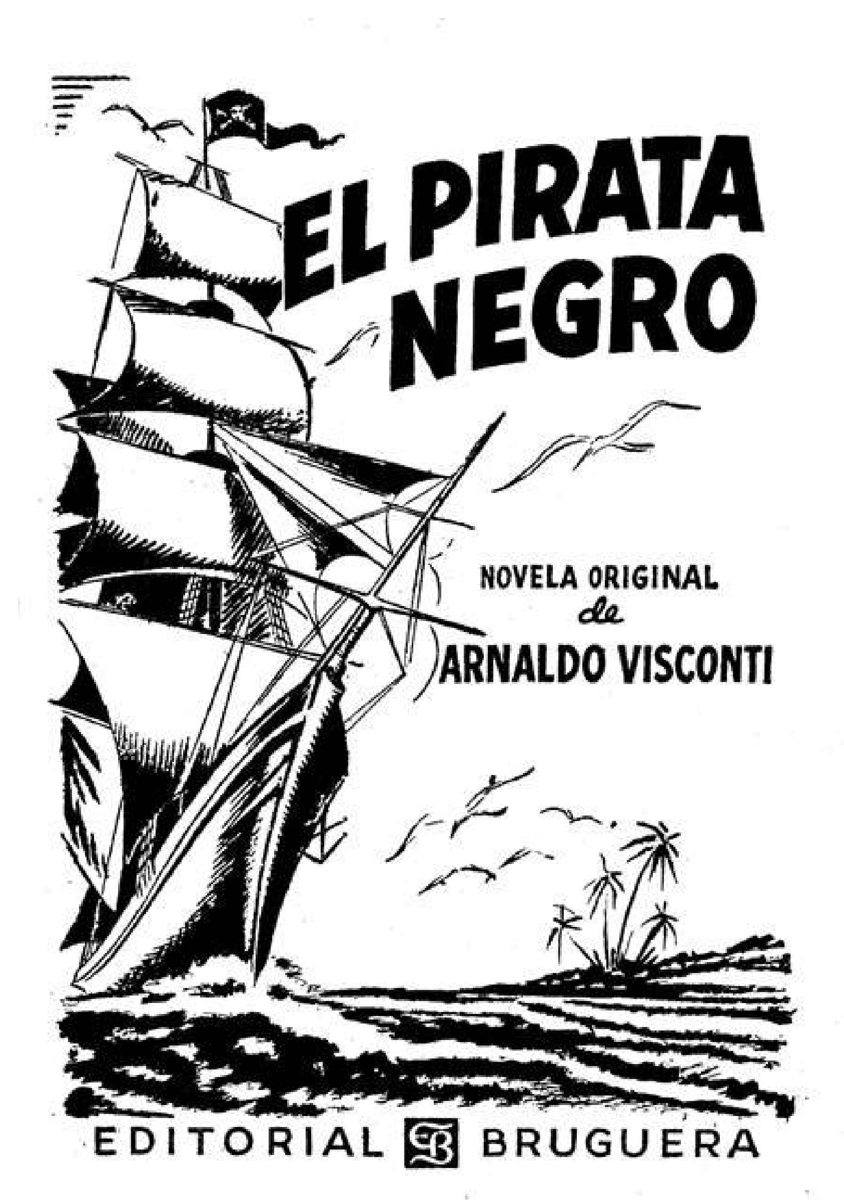

EL PIRATA NEGRO
PROVENSAL
3 PTAS
LA FURIA ESPAÑOLA



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La furia española

Colección El Pirata Negro n.° 36

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


La furia española

CAPÍTULO PRIMERO

Un vino de reyes

En las antecámaras del palacio real, donde transcurría la mayor parte de su existencia, los cortesanos fueron transmitiéndose de oído a oído una extraña noticia.

La reina Ana, aconsejada por su favorita lady Marshall, había decidido enviar un presente, como prueba de amistad y buenos deseos, a un señor baronzuelo o conde de mucho orgullo y pocas talegas, residente en las altas tierras escocesas.

Al parecer, por informes de espías, sabíase que aquel noble escocés, era un caduco anciano, achacoso, y que padecía gota.

Por lo que podía considerarse un magnífico presente el envío de un vino blanco, ligero y diurético, de las cepas reales francesas. Un tonelete que en una de las escasas épocas de paz entre Francia e Inglaterra. Su Majestad francesa había remitido a Su Majestad inglesa.

Los cortesanos londinenses, constaron que en aquel presente había cierto símbolo político, con el que la Reina Ana reconocía en Angus Mac Dougherty, el escocés a quien iba destinado el barrilito, al hombre más preeminente y dotado de influencia de la comarca de los “hihlands”.

Más allá de las “Midlands” inglesas, en la tierra norteña insular que conducía al Canal de Glenmore, la frontera natural entre escoceses y britanos, un carromato cargado con un barril lujoso avanzaba por la carretera.

Acababa de llegar con bastante lentitud a la cumbre de una pendiente pronunciada y la noche se aproximaba ya envuelta en brumas incipientes.

Para ayudar a los caballos el carretero que conducía el tiro,

había puesto pie a tierra, así como un monje de aspecto truculento, el reverendo Hirarn Croft, calvinista fanático, el cual era el encargado de entregar personalmente el obsequio de la reina Ana y un mensaje escrito por la real mano, al noble escocés Angus Mac Dougherty.

A cada lado del carromato, trotaban dos soldados convenientemente vestidos de gala. Tenían por misión escoltar el vino y tranquilizar el viaje del calvinista Hiram Croft.

Porque Hiram Croft había manifestado en palacio, al ser llamado, que la población inglesa estaba muy desmoralizada por las guerras y que su hábito inspiraba tan poca veneración entre los protestantes como entre los católicos.

Aquel monje largo y vestido de blanco, con su cabeza calva y congestionada, recordaba la apariencia de un mojicón de pan cuya extremidad estuviera empapada en vino, lo que al principio produjo bastante hilaridad silenciosa en los dos soldados y el carretero.

Pero, por encima de todo, el calvinista detestaba la cercanía de la noche. Desde que habían abandonado Londres, había procurado con celo que la llegada a posada donde reposar tuviera lugar antes de la caída de las tinieblas.

Sin embargo, por vez primera, la noche iba enseñoreándose de los contornos desiertos por los que transitaba el carromato, y aún estaba, muy lejos, el mesón hacia el que se dirigían.

El reverendo Hiram Croft, como era muy natural y humano, tenía un gran aprecio por su propia existencia. Aquella misión que le había delirado el favor real, le había suministrado una orgullosa satisfacción matizada de felicidad ambiciosa y gloria.

Pero aquella gloria le parecía dura de llevar y su felicidad perdía "grados, cuando veía aproximarse la hora en que por la carretera desierta ya no circulaban más que mercenarios, jinetes aislados y caminantes de aspecto poco tranquilizador.

La noche había ya invadido el paisaje, sin estrellas y complementando la desazón que le producía, Hiram Croft sentía además de un cosquilleo en su estómago vacío, la fría mano del miedo deslizarse por entre sus espaldas.

Apremiaba al carretero para que comunicara mayor prisa a los pacíficos percherones del tiro, y daba a los jinetes orden de que se aproximasen más al carromato.

Precisamente se encontraban entonces atravesando por un lugar donde a diestra y siniestra de la carretera, se apelotonaban los zarzales y setos de un bosque frondoso.

Demasiado frondoso para estar colocado en flanqueo de la carretera. Hiram Croft hubiese querido dejar muy atrás aquel bosquecillo de aspecto poco animador. Nunca los robles, los setos y los hierbajos se le habían antojado tan tenebrosos...

Los miraba recelosamente, y de pronto le pareció ver ciertos árboles destacarse de la masa general de los restantes y moverse lentamente como si fueran al encuentro del carromato.

Creyó primero en una alucinación de sus sentidos, debilitados por un ayuno forzoso y que no estaba señalado en su calendario, y que era resultante de la prolongación de aquella etapa.

Pero pronto se dió cuenta de que no había sido objeto de un sueño, viendo que la sombra espesa que el bosque proyectaba delante de él, en la carretera, se iluminaba repentinamente —de varios fulgores muy semejantes a las chispas de yescas y pedernales de viejos mosquetones.

Mientras Hiram Croft pensaba penosamente en aquel parecido, una voz breve y seca gritó bruscamente:

—¡Alto!

La voz imperiosa, dada con energía militar, hizo que los dos soldados que dormitaban sobre las sillas de sus caballos, se despertasen, y obedeciendo a sus instintos pasivos y reflejos de disciplina, detuvieron su caballos por las bridas con un conjunto y una precisión que les habría merecido grandes elogios si se hubiesen hallado en ejercicios tácticos a la orden de sus cabos. Pero no estaban en tal caso...

Cuando se dieron cuenta de su error, disipada ya la somnolencia, no pudieron reparar el error. Estaban ya con las botas fuera de los estribos, derribados encima de sus propias espaldas en el barro de la carretera y con una pistola amenazándoles la garganta, mucho antes de que tuvieran tiempo de sacudirse la modorra que les había invadido mientras subían la pendiente al paso y atravesaban el bosque.

Al lado de ellos, y en la misma situación física y moral, se encontraban ya Hiram Croft que maldecía como un carretero y el carretero que rezaba en voz alta y con mucho fervor...

Un grupo de individuos rodeaba a los vencidos que yacían en el suelo inmovilizados por el miedo y la prudencia.

—Ni una palabra, o moriréis-advirtió la misma voz, que poco antes había ordenado el "¡alto!", estallando a los oídos de Hiram Croft, terrible como la trompeta del Juicio Final.

Los gruñidos de los dos soldados, las imprecaciones de Hiram Croft y los rezos del carretero se extinguieron dócilmente.

Y la voz amenazadora prosiguió:

—Es inútil toda resistencia. Os conduciremos a un lugar agradable donde permaneceréis encerrados algunos días, comiendo bien y bebiendo mejor. Veis, pues, que vuestro suplicio es envidiable. No os, pasará nada peor que hartaros y embriagaros, si no intentáis evadiros, en cuyo caso se os recompensaría con un pistoletazo entre ceja y ceja. Y ahora demostrad si no alegría, sumisión y silencio. ¡Desnudadlos!

La orden última fué ejecutada con una hábil presteza por varios de los individuos de la banda misteriosa que acaudillaba el hombre cuyo órgano de voz bien timbrado y acostumbrado a ser obedecido, sonaba sin embargo desagradablemente a oídos de Hiram Croft.

No podía intentar adivinar quién era, porque todos los que formaban el grupo de asaltantes llevaban el rostro cubierto por un antifaz.

Pronto el digno monje calvinista se encontró en camisa, así como sus tres compañeros de infortunio.

Les fueron arrojadas ropas de campesino, que se apresuraron a vestir sin examinarlas, dada la frescura de la noche de octubre.

Cuando se hallaron vestidos de nuevo, aunque con ropas muy distintas, el misterioso jefe de la cuadrilla dió orden de llevárselos, después de que les fueron atadas las manos a la espalda.

Instantes después, el calvinista, los dos soldados y el carretero, vigilados de cerca por cinco jinetes que les empujaban con el cañón de unos mosquetes, penetraban en la espesura del bosquecillo dél que Hiram Croft tan sensatamente había desconfiado.

Sobre la carretera quedaron cinco enmascarados, cerca del carromato abandonado, del que los caballos de los dos soldados arrancaban la paja que acomodaban el tonelete, comiéndola filosóficamente.

Uno de los cinco personajes, aquel cuya hermosa voz era la

única que había hablado durante al asalto rápido, se quitó la máscara, y examinó complacido el sobre sellado que había quitado al fraile calvinista:

—Esta credencial de su Graciosa Majestad me servirá de introducción cerca de Angus Mac Dougherty. Y sobre lo que me interesa. Si debo dar gracias a la Providencia y tener por segura la muerte de lady Hermione Denver, mi honorable hermana, cosa que me alegraría infinito, al cerciorarme sin lugar a dudas.

Lord Barton Denver arrojó al suelo la máscara, y con ademán imperioso se encaró con los otros cuatro. Compañeros de orgía y aventuras escandalosas, los otros cuatro aristócratas ingleses, habían aceptado con gran fruición el plan que en Londres les había propuesto lord Denver, apenas supo la salida del presente real hacia Escocia.

—Tú, Archibald, ya sabes tu cometido. Vete a vigilar a los asalariados que deben cuidarse de que no se escapen los prisioneros hasta que yo regreso del antro de Angus Mac Doguherty, cuya entrada me ha facilitado su Graciosa Majestad.

Y de pronto, el cínico aristócrata, cambió de voz para añadir:

—La paz sea contigo, hijo mío. Ensilla tu caballo y aléjate. Mientras, nosotros, humildes pecadores, revestiremos las ropas dejadas por los Filisteos, y después continuaremos nuestro camino hacia la morada de Angus Mac Dougherty. Amén... y buen viajé.

Uno de los enmascarados a la vez que acompañaba a los otros tres en sus risas, fué a recoger su caballo al interior del bosque, lo montó y desapareció después de agitar la mano en alegre despedida.

Cuando el ruido de los cascos se perdió a lo lejos, Barton Denver sigió parodiando el tono nasal de Hiram Croft:

—Cambiemos de vestiduras, y continuaremos el camino señalado hacia el canal de Glenmore y el lago de Huntly.

Una voz aguda y burlona preguntó:

—¿Tomas los hábitos, Denver?

—¡Ah, jovenzuelo e imprudente Tresham! —replicóDenver—. Si no pierdes la comprometedora costumbre de dar el apellido de un noble disipado y herético al muy reverendo Hiram Coft que voy a ser, corremos el riesgo de terminar en mal estado esta aventurilla.

—No recaeré en tal estupidez, hermano Hiram... Si os parece,

hermano Hiram, yo revestiré el uniforme de uno de los soldados…

—Sí. Y tú, Michael, enfúndate en el otro. En cuanto a ti, Fenston…

—Seré un eficiente carretero. No en balde poseo una cuadra de buenos caballos que son la envidia de todo Londres.

—Menos hablar, hermanos —rió Barton Denver.

Los cuatro amigos procedieron a bu metamorfosis, iluminados por los rayos de luna que acababa de asomarse entre celajes de bruma.

Mientras se vestían, cada uno de ellos pensaba muy distintamente. Para Barton Denver, el que había propuesto aquella aventura, no había más que dos propósitos: cerciorarse personalmente de la muerte de su hermana y de la del audaz pirata español, Carlos Lezama, el Pirata Negro, su odiado enemigo.

Para Malcolm Tresham, el adolescente alocado, aquello no era más que una buena broma, donde Denver quería tan sólo saber que ya nada se interponía entre su afán de dilapidar y la herencia de la que hasta entonces había sido administradora Hermione Denver.

Para Michael Green, secretamente enamorado de Hermione, existía la posibilidad de rescatar a su amada, aunque era propósito que mantenía callado.

En cuanto a David Fenston… su misión era de orden muy distinto, y también ignorada por los otros tres. Ferviente patriota, había decidido dar muerte a Angus Mac Dougliert, el hombre que ponía en peligro la seguridad de. Inglaterra.

Al cabo de algunos minutos la suplantación de los vencedores fué completa. En el pescante, ante el barril, David Fenston era un carretero muy convincente.

Los dos soldados eran otros tantos de los que pululaban por carreteras y posadas.

Lord Barton Denver, sin peluca y privado de su afectado atildamiento en el vestir, lucía su corto y rizoso cabello castaño, y su rostro hermoso de fríos rasgos regulares ostentaba un cierto ascetismo, prestado por el largo hábito blanco.

Subió cu el carromato y David Fenston fustigó los percherones del tiro, mientras les dos soldados improvisados, cabalgaban uno a cada lado del rústico y resistente vehículo.

Una hora más tarde, el barril de vino de Reyes y su cortejo,

llegaban al mesón donde el verdadero Hiram Croft había pensado pasar la noche, muellemente tendido en un buen lecho, después de una buena cena.

Pero Hiram Croft, aunque hubiese cenado bien, hallábase en aquellos momentos encerrado en una cabaña de pastores, a dos leguas del sitio donde le habían tan brusca y misteriosamente despojado de su hábito y separado del barril de vino destinado a aliviar los achaques de Angus Mac Lougherty.

CAPÍTULO SEGUNDO

Tres clanes, el conspirador y la mujer

En el ancho paraje desierto de toda aldea que circundaba el lago de Huntly, la vegetación del accidentado terreno era desigual. Desde la vertiente septentrional del Gran Canal de Glenmore, a cuyo otro lado empezaba la tierra inglesa, hasta las proximidades del lago, el terreno era quebradizo, formado por barrancas y simas boscosas, coronadas por crestas de rojas rocas donde los brezales crecían libremente.

El paraje oeste y norte del lago lo formaban extensos prados cortados a trechos por grupos de árboles gigantescos. Y hacia el este se desparramaba una zona herbácea de intenso verdor húmedo.

Los primeros que hablan acudido a la llamada secreta de Angus Mac Dougherty habían sido los clanes de Ruthven Erskine y James Argyll, condes del mismo nombre.

Cada uno de ellos vino al frente de un grupo de medio centenar de guerreros y tácitamente, aunque eran entre ellos parientes cercanos, los condes de Erskine y Argyll ocuparon distintos lugares.

Argull y los suyos acamparon en la zona noroeste, mientras los del clan Erskine descabalgaban en la zona verdeante del este.

Separados ambos bandos por el lago de Huntly, dedicáronse a vigilarse estrechamente, en espera del resultado de las conversaciones que en el castillo del lago verificaban los condes Argyll y Erskine.

Prestos estaban n entrar en lucha, y sin embargo los dos clanes lucían en sus boinas el mismo distintivo: una plumita verde de faisán.

Los dos condes salieron separadamente del castillo y separadamente entraron en dos lanchas. Pero al llegar a tierra,

ambos desenvainaron y por un instante los componentes de los dos clanes, se refocilaron ante la perspectiva de un próximo combate.

Estuvieron alertas y expectantes, hasta que vieron que las dos espadas desenvainadas arañaban con sus puntas el suelo, mientras sus poseedores aplicábanse mutuamente la mano izquierda con el brazo extendido encima del hombro adversario.

Era el pacto de conciliación y fidelidad: por aquel gesto, los condes Argyll y Erskine declaraban su propósito de unir sus fuerzas en persecución de un mismo fin.

Y las plumas verdes confraternizaron momentáneamente ocupando la zona norte del lago, pero persistiendo en acampar en sus primeras posiciones.

Durante el día mezclábanse ambos clanes cazando y recorriendo indistintamente los márgenes occidental, oriental y septentrional del lago. Y asaban y devoraban las piezas cobradas en los extensos prados del norte, empleando como leña las ramas de los gigantescos árboles “neutrales”.

Al llegar la noche y después de haber efectuado una comida hacia las cinco de la tarde en común, las plumas verdes volvían a ocupar para descansar las márgenes occidental y oriental del lago.

Y como si estuvieran en espera de combatir, mientras unos dormían tendidos en sus pieles y junto al calor de las grupas de sus caballos, otros paseaban lentamente, desenvainadas las espadas que apoyaban encima del hombro, vigilando.

Cuando Douglas Kircaldy llegó al frente de su clan, los acampados pudieron desde lejos reconocerle, por el color de la pluma de faisán que adornaba las boinas de los jinetes.

Las plumas amarillas se inmovilizaron, cuando los jinetes se detuvieron en ancho semicírculo en lo alto de las peñas de Glenmore.

De padres a hijos, los condes Kircaldy, Erskine y Argvlly, habían sido alternativamente enconados enemigos y eventuales aliados.

Douglas Kircaldy al divisar las plumas verdes de las dos márgenes del lago, dejó en lo alto de las rocas el grueso de sus fuerzas que sumaban un centenar y solo al frente de una decena de jinetes descendió por la vertiente norteña del canal, hasta detenerse a la salida de una barrancada empenachada de rojos brezales.

Desenvainó y mantuvo en alto asiéndola con la mano izquierda

por la, punta, la espada que colocó con la hoja delante de su hirsuto rostro.

Las fuertes rodillas desnudas mantuvieron inmóviles los flancos del caballo que montaba y que al ver acercarse a los cabalgados por los condes Argyll y Erskine seguidos cada uno de cinco jinetes, olfateaba inquieto el aire.

Los dos aliados avanzaron manteniendo sus espadas en idéntica posición a la del jinete que les aguardaba.

—Hola, gente de la montaña alta —saludó Kircaldy sin moverse un ápice y con rigidez estatuaria, para demostrar bien a las claras que por el instante su deseo era parlamentar y no guerrear.

—Larga salud a las plumas amarillas si vienen en son de paz-replicó el rubio y rechoncho Erskine.

—Ciento seis plumas verdes están unidas-dijo el conde Argyll, esquelético y fúnebre, con miembros sarmentosos y ojos de brasa encendida.

Su velada amenaza hizo que la diestra de Kircaldy se crispara alrededor de la empuñadura de la espada que conservaba en posición pacífica. Pero el mensajero de la pluma negra, el “hinglander” Morton Sanders, capitán del clan Mac Dougherty, había, sido portador de grandes promesas, cuando valientemente se presentó en el lejano campamento de Dougas Kircaldy, ostentando bizarramente y algo retador, la negra pluma de cuervo que atravesaba el lado derecho de su boina muy ladeada a la usanza montañesa del Canal de Glenmore.

Y pensando en las promesas del mensajero de Angus, Kircaldy logró dominar su instinto combativo y hasta suavizar las asperidades de su vozarrón, cuando replicó a los dos jinetes que ante sí tenía:

—Mis plumas amarillas suman la cantidad que forman vuestros dos clanes, condes Erskine y Argyll. ¡Ay de vosotros si queréis combate!

Erskine y Argyll hicieron retroceder sus caballos, pero sin alterar las posiciones de sus espadas.

Douglas Kircaldy siguió hablando con envaramiento inalterable:

—Un “highlander” de Glenmore, el capitán Morton Sanders, vino a mi feudo con mensaje de Angus Mac Dougherty.

—Fué también él quien me visitó —dijo Argyll.

—Morton Sanders me propuso alianza con Angus-habló Erskine.

—Su pluma negra siguió camino —dijo Kircaldy, dando a entender con ello que si no había castigado con la muerte al mensajero de Angus, era porque juzgaba apreciables y dignas de estudio las ofertas del tenebroso señor de Glenmore y morador del castillo del lago.— Mis plumas amarillas ansian luchar con quien sea que se oponga. Primero tengo que visitar a Angus Mac Dougherty. Después, según sea lo hablado, nuestras espadas arañarán el suelo y nuestras zurdas asegurarán buena alianza. Pero ahora, preciso paso libre para visitar a Angus Mac Dougherty.

Los dos Condes ya establecidos en Glenmore, hicieron recular sus caballos que con sus grupas empujaron los pechos de los otros jinetes.

A todo galope, envainaron sus espadas y fueron a ocupar sus posiciones a las dos márgenes del lago, dejando el terreno libre entre la vertiente rocosa del canal y el litoral sur del lago.

A la señal de Kircaldy, los jinetes de pluma amarilla que seguían en lo alto de las rocas, fueron descendiendo.

Obedeciendo a las roncas órdenes gritadas a pleno pulmón por Douglas Kircaldy alzado sobre los estribos, y con la espada envainada, pero la diestra en alto, fueron extendiéndose en extraña formación:

Era un triángulo de jinetes, compacto y erizado, donde la base tenía por centro a Douglas Kircaldy y el vértice a retaguardia.

La estrategia guerrera del clan Kircaldy, cuando debía avanzar en cuña, por terreno hostil. Cuando el triángulo humano rozó con su base el linde del lago, Douglas Kircaldy entré solo en la lancha, que aguardaba ya.

Sus hombres permanecieron a caballo, vigilantes los tres lados. Douglas Kircaldy, recibido primero por Morton Sanders y después por el viejo Angus, salió satisfecho de su entrevista.

Angus Mac Dougherty no sólo le había dado una llave de su torreón, sino que a la vez le había prometido que él sería su sucesor en caso de muerte, porque lo consideraba muy superior en talento y dotes de mando y guerreras a los condes Erskine y Argyll.

Idéntica promesa había hecho a Erskine y Argyll por separado.

A la salida, el “higlander” Morton Sanders acompañó en su lancha al conde Kircaldy, y al llegar a tierra, fué Morton Sonders

quien actuó de elemento intermediario y conciliador.

El "highlander" parecía más pequeño de lo que era, dada la anchura de sus hombros y la reciedumbre de su cuello. Vestía la chaqueta de piel de oveja, la falda de tejido de cardo, y los correajes de piel de la piernas, así como las sandalias, idénticamente como los otros clanes a la muta defensiva recelosa.

Sólo se distinguía en dos peculiaridades: la pluma negra y larga que se hincaba en el borde derecho de su boina, y el rabo de zorro que colgaba de su cinto, atestiguando su cualidad de capitán "libre", pero sirviendo a un jefe de clan.

Distinguíase también de los demás en que llevaba el rostro por entero afeitado. Un rostro ancho, de sagaces ojos penetrantes que velaba de vez en cuando al hablar, con pesados párpados adormilados.

Habló bien y al estilo montañés. Reconoció que debían olvidarse antiguas querellas... Él mismo había guerreado contra el clan Dougherty y, sin embargo, ahora había jurado fidelidad a Angus, porque lo que éste se proponía era la libertad y el poderío de Escocia... Aconsejó en repetición, según dijo, de las experimentadas frases de. Angus, que los tres clanes conservaran su independencia entre sí, pero amistosamente, aguardando la ultimación del gran proyecto que Angus iba completando...

Podían durante el día dedicarse a la caza por la zona herbácea del norte del lago, y ocupar durante la noche cada clan el lugar que eligieran.

Douglas Kircaldy señaló mudamente las barrancas de la vertiente del Canal, y Morton Sanders expresó el deseo de Angus de que la mayor confraternización reinase entre plumas verdes y amarillas.

La única pluma negra que en los días siguientes andaba por todo el paraje ocupado por los tres clanes era la de Morton Sanders, quien pasábase el día contribuyendo con su diplomacia en el arte de conversar y su pericia como jinete cazador a que al parecer reinase un estado de quietud entre los clanes de Kircaldy y los dos conjuntos de.Erskine y Argyll.

Pasaron semanas y semanas y de vez, en cuando, por mutuo acuerdo, los tres clanes formaban un grupo mixto de igual número de hombres, que para desfogarse y obedeciendo "consejos" de

Angus transmitidos por Morton Sanders, efectuaban una larga excursión de saqueo por lejanas aldeas.

El regreso era festejado copiosamente, y en el prado herbáceo, del norte del lago, juntabánse los tres clanes, Compartiendo sin jovialidad, pero sin hostilidad, la carne y el áspero vino escocés que rellenaba los pellejos de oveja.

Pero al terminar aquellas comilonas y cuando despuntaban los primeros síntomas de la cercanía del crepúsculo, Morton Sanders se reintegraba al castillo del lago, Douglas Kircaldy y los suyos regresaban a la vertiente del Canal y Erskine y Argyll ocupaban las dos márgenes del lago, todos en distintos campamentos vigilantes.

Y anochecido, todo parecía indicar la mayor quietud alrededor de las aguas en cuyo centro la islilla sostenía las bases del único edificio: el castillo achaparrado y silencioso de Angus Mac Dougherty.

Por un mediodía soleado pero frío de octubre en las rocas que coronaban entre brezales rojos la vertiente del Canal, apareció un jinete vestido de negro.

Le salieron al paso Douglas Kircady y Morgan Sanders, y este capitán "libre", pero de la entera confianza de Angus Mac Dougherty, acompañó al castillo al visitante que dijo llamarse Messire Lucien Terral y ser portador de mensaje para el conde Angus.

Poco después hacía llamar a Kircaldy, al cual con artera intención comunicábale que no confiando del todo en Morton Sanders, prefería encomendarle a él, la misión de capturar en vida al mensajero, qué por el instante hallábase en el aposento donde estaba prisionera lady Hermione Denver.

La lucha fué enconada y en ella hallaron la muerte dos. escoceses del clan Mac Dougherty, y posiblemente el fingido Messire Lucien Terral se hubiera abierto paso, de no ser por la traición de Lady Denver, quien a espaldas del Pirata Negro, le asestó un golpe con un candelabro, privándola de sentido.

Y el supuesto Lucien Terral quedó maniatado e inmovilizado por ligaduras toscas de correas de piel de oveja, siendo transportado a hombros de varios "higlanders" hasta la sala que se abría al final de un pasadizo subterráneo y a cuyo otro lado abríase el inicio de una escalera de caracol.

Una vez allí, el conde Kircaldy ordenó a los demás que abandonasen la sala, y cargando sobre sus robustos hombros al prisionero, fué subiendo con cierta dificultad los peldaños de la retorcida escalera.

En lo alto del torreón y al final de las escalera introdujo una llave en la cerradura de una puertecita y cerrándola a sus espaldas descargóse de su fardo humano.

El Pirata Negro cayó al suelo, y enderezándose con alivio Douglas Kircakly, miró con orgullo al que se sentaba tras la única mesa del reducido aposento circular.

—Cumplido queda tu deseo, conde Augus.

El anciano de rostro y manos marchitas y larga cabellera y barba de blanco color, dirigió una mano temblorosa hacia el hombre que yacía cara arriba, manchando de sangre que manaba de su cráneo el tapiz rugoso de fibras de cardo que alfombraba el suelo.

—Lo quería con vida, conde Kircaldy. Así te lo expresé.

—No es más que una herida. La inglesa nos ayudó y fué ella la quo por la espalda agredió a este francés, que por otra parte es un luchador de mérito. La inglesa me dijo, que te transmitiera su ruego. Desea ser tu esposa. Es ambiciosa.

—Me serviré de su ambición para el bien de Escocia. Ten la bondad, conde Kircaldy, de ir en busca de vino y de emplasto de hierbas con que curar a este espía.

—¿Para qué perder el tiempo con él? Es espía. Déjamelo a mí, que tengo con él una querella que dirimir. Me retó espada en mano, a pie, o a caballo y también a puños desnudos. Quiero que tus hombres vean como Douglas Kircaldy lucha…

—Te lo prometí, conde Kircaldy. Pero antes debo yo interrogar a este espía inglés. Vete también en busca de la inglesa. Puede serme útil, por su conocimiento de la corte de la reina Ana, y cuanto diga este espía ella puede corroborarlo.

Douglas Kircaldy abandonó la estancia, y Augus Mac Dougliert; Morton Sanders, levantóse para extraer del jubón del prisionero la carta sellada que le había mostrado cuando él le interrogaba bajo su personalidad verdadera de Morton Sanders.

Sólo Terence, el viejo criado de los Mac Dougherty, estaba en el secreto de la doble personalidad de Morton Sanders, y conocía su motivo.

El viejo Angus Mac Dougherty había sido enterrado secretamente hacía cuatro meses por Terence y Morton Sanders y éste en posesión de la entera confianza de Angus Mac Dougherty, había aceptado como legado último del viejo escocés, el sustituirle en el mando del clan Dougherty.

Una peluca y una barba postiza encajadas sobre la máscara que dejaba libres los labios y los ojos, complementado con unos guantes de piel marchita que le cubrían las manos más allá de las muñecas, transformaban al robusto Morton Sanders en el caduco e inexistente Angus Mac Dougherty.

Y éste fué el que cuidadosamente estudió bajo los destellos de las velas los sellos y lacres del sobre.

Desvió la vista, para fijarla en el hombre que con las manos atadas a la espalda y los tobillos trabados entre sí, acababa de ponerse en pie con acrobático impulso.

El Pirata Negro sacudió la cabeza hasta lograr despejar la niebla sanguinolenta que velaba sus ojos estriados por la contundencia del golpe asestado a traición por lady Denver.

Fijó por fin una mirada airada en el semblante arrugado del falso anciano que se sentaba tras la ancha mesa, repantingado en el amplio y mullido sillón.

—Mal mereces tu título de noble, conde Angus, porque supongo que tú eres el dueño del castillo. Como mensajero del rey francés, comparto tu afán de conspirador contra Inglaterra, pero detesto tu exagerada prevención que te hizo faltar a toda regla de caballerosa hospitalidad. A mi regreso a la corte francesa, presentaré mi queja ante el Rey. Le diré que Angus Mac Dougherty maltrata a sus mensajeros.

—Nunca volverás a salir de mi castillo, espía-dijo Morton Sanders con su fingida voz cascada y vacílante —. Mi capitán Morton Sanders comprobó que eras espía.

—Que venga el tal y me lo demuestre.

—No es preciso. Reconozco que en efecto esta carta es aparentemente legítima y los sellos que la cierran son los acostumbrados de los mensajes que de Francia recibo. Pero tú no eres mensajero, porque desconoces la contraseña.

Dejó oír Morton Sanders la aguda risita senil que caracterizaba al difunto Angus Mac Dougherty.

El Pirata Negro recordaba perfectamente las instrucciones de Harley Oxford, el político inglés, y éste no le había hablado de contraseña alguna.

—Cuando en Francia me dieron este mensaje para ti, no me advirtieron fie ninguna contraseña, conde Angus.

—Mientes. Ellos saben que yo no recibiría al hombre que no supiera contestar adecuadamente a la pregunta que te hizo Morton Sanders, injertándola entre una conversación banal.



...acercóse andando con dificultad...

Es una pregunta ingeniosa y sencilla. ¿Recuerdas que Morton Sanders te preguntó: “¿Entonces no conocéis personalmente al conde Angus?”

—A lo que repliqué que no tenía tal honor.

—Y te delataste como espía Inglés. Los británicos ignoran que verbalmente el mensajero francés debe contestar a esa inocente pregunta: “Él es el que debe conocerme”.

El Pirata Negro acercóse, andando con dificultad... La puerta se abrió apartándose la cortina y de nuevo empujada brutalmente por Kircaldy, hizo su aparición en el aposento lady Hermione Denver.

Morton Sanders, bajo su máscara, hizo una reverencia con la cabeza:

—Te doy las gracias, lady Denver, por la ayuda que prestaste a los hombres que envié a apresar a este espía. ¿Le conoces?

Douglás Kircaldy, con brusquedad, asió por los cabellos al Pirata Negro, y aplicó con la zurda un emplasto de hierbas sobre la herida, sujetándolo con una ancha correa de piel de oveja que anudó a la nuca del prisionero.

Le aplicó en los labios el gollete de unfrasco:

—Bebe-dijo secamente —. Es vino que te dará energías.

El Pirata Negro apartó la cabeza —No bebo más vino que aquel que yo mismo llevo en copa a mis labios. Gracias sin embargo por tu delicadeza, conde Kircaldy. La delicadeza propia del hombre que para vencerme, tuvo que recurrir a la ayuda de una mujer traidorzuela...

—¡Quieto, conde Kircaldy! —chilló el supuesto Angus—. Tienes mi promesa de que te entregaré a este espía, pero ahora piensa en nuestra patria. Debemos interrogar a este hombre...

Kircaldy a regañadientes retrocedió, mientras lady Denver sentábase en un escabel, mirando con desprecio evidente al prisionero.

—No le conozco, conde Angus-dijo ella calmosamente —. Comentó el conde Kircaldy que le suponías espía inglés, pero nunca vi a este hombre en la corte de la Reina Ana.

Angus Mac Dougherty rompió los lacres y abrió el sobre. Extrajo una hoja, que extendió ante él, encima de la mesa.

La leyó en silencio, y, por fin la tendió a lady Denver.

—Quiero que la leas en vos alta, Hermione. Si has de ser mi esposa, tu y Kircaldy, seréis mis eficaces auxiliares. Lee, para que el conde Kircaldy sepa lo que este mensaje dice.

Lady Hermione Denver fué leyendo con voz agradable y pausada:

“En París, a quince de septiembre del año 1710.

“De Monsieur Jerome Tull al Excelentísimo Conde Angus Mac Dougherty.

"Excelencia:

”Por mediación del caballero provenzal, Messire

Lucien Terral, le envío este mensaje en contestación a la demanda que me hicistéis llegar por mediación de vuestro capitán, Morton Sanders.

"Veríamos con mucho agrado la sugerencia de unión que os proponéis entre los tres clanes más poderosos de la comarca de Glenmore. Nos consta que bajo vuestro mando y con la ayuda que gustosamente os proporcionaríamos, pronto Esocia podría separarse de su unión con Inglaterra.

"Aprobamos, pues, sin reservas, vuestro proyecto de reunir los clanes del conde Kircaldy, conde Erskine y conde Argyll, pero consideramos nuestro deber el haceros saber un informe obtenido por agentes a mi servício.

"Desconfiad del conde Erskine, porque recibe en secreto visitas de agentes ingleses que le ofrecen un cargo preponderante, si persiste en su callada tarea de propagar entre los demás clanes la unión con Inglaterra, que juzga pertinente y favorable para el engrandecimiento de Escocia.

Vos sabéis que Escocia sólo será grande aceptando la ayuda francesa.

"Estimo también muy acertada vuestra sugerencia de contraer enlacé con dama relevante de la corte inglesa, con lo que lograríais adormecer momentáneamente los recelos ingleses.

"Confío en vuestro reconocido talento, para que logréis unir a vuestras fuerzas las del clan Erskine, pero castigando a su jefe en forma que no os depare la ira de sus seguidores.

"Pensad que vuestro proyecto necesita muchos hombres para oponerse a las fuerzas escocesas que creen equivocadamente que la salvación de la noble tierra de la alta montaña, reside en la fiel unión a la Corona Británica, siempre enemiga vuestra.

Cuando lo designéis y en lugar elegido, desembarcarán fuerzas navales francesas, para colaborar en vuestro plan de, invasión de la comarca norteña británica.

Mientras este feliz momento llega, me es grato haceros llegar el testimonio de mi más respetuosa amistad,

"Jerome Tully".

Douglas Kircaldy, al ver que la inglesa doblaba de nuevo el mensaje entregándolo a Angus Mac Dougherty, estalló:

—¡Gran artimaña inglesa para desbaratar nuestra unión! ¡Acusan al glotón e imbécil de Erskine! Tal como podrían haberme acusado a mi de traidor.

—Yo bien sé, conde Kircaldy, que tú no traicionas nunca. Pero este mensaje dice verdad. Es obra de monsieur Tully.

La declaración de Angus aumentó el estupor de Kircaldy.

—Esto ¿no aseguras que este hombre y su índice señaló al Pirata Negro de pie a su lado-es un espía Inglés?

—Esto afirmo.

—Entonces, no puedes prestar crédito a carta amañada engañosamente por el gabinete de Londres.

—Tú no entiendes las sutilezas de la guerra secreta del espionaje, conde Kircaldy-dijo Morton Sanders con voz temblorosa —. El mensaje es realmente de mano de Monsieur Tully. Pero sustituyeron al mensajero y este hombre no es Lucien Terral.

—No comprendo entonces a qué vino...

—Él nos lo dirá de buen grado o a la fuerza. Pero por el instante urge resolver la muerte de Ruthven Erskine...

—Piensa qne puede ser lo que desean los ingleses, conde Angus-advirtió Kircaldy.

—No. Ya mi capitán Sanders me advirtió de que Erskine recibía visitas con las que hablaba apartadamente.

—Si le ordenas dar muerte, sus plumas verdes se levantarán en lucha —dijo Kircaldy.

—Pero este hombre será quien le dará muerte-dijo Angus, señalando al Pirata Negro —. Y los plumas verdes sabrán que el espía inglés mató a su jefe. Crecerá su odio contra la reina... ¿comprendes, conde Kircaldy? Vete en busca de Ruthyen Erskine.

Douglas Kircaldy salió del aposento. Durante toda, la conversación, el Pirata Negro había prestado atento oído.

Al irse el escocés, miró con sarcasmo al supuesto anciano.

—Un conspirador y una inglesa traidora, Mal veo los destinos de

Escocia si su suerte ha de depender de un hombre cuyo soplo vital está próximo a agotarse, enlazándose en vínculo matrimonial con hermosa mujer que maneja candelabros con diestra falsía.

—No recurro al tormento más que en último extremo, espía-dijo Morton Sanders —. Serás recluido en él aposento que ahora abandonará ya lady Denver. Tendrás dos días para voluntariamente declarar quién te envió, y cuál era tu propósito, aunque no creo engañarme si supongo que te enviaron para darme muerte.

—Y a los dos días, ¿qué ocurrirá?

—Serás privado de alimento y bebida. Debilitado tu cuerpo y tu mente, quizás hables más pronto bajo el influjo de unas tenazas al rojo vivo que recorran tu cuerpo.

—Si quieres encomendarme el interrogatorio de este espía-intervino inesperadamente lady Denver-yo conozco, procedimientos que le harán hablar, conde Angus.

—A tu albedrío queda, Hermione. Pero presenciará tu interrogatorio mi capitán Morton Sanders, al cual le entregaré la custodia y llave del aposento donde quede encerrado este falso mensajero.

—Si de mí desconfiáis, conde Angus, vuelve a encerrarme.

Prefiero ser prisionera y morir, a no conquistar tu confianza.

—Eres inglesa.

—Pero de ser una dama más en la corte real británica a ser la primera dama en Escocia, prefiero este rango-dijo ella ardorosamente.

—Creo en tu ambición. Sé que es por ello que aceptarás casarte conmigo, un viejo con un pie en el sepulcro…

Abrióse la puerta con violencia y entró Kircaldy impetuosamente:

—¡Ha huido con sus gentes! —vociferó.

Angus Mac Dougherty —Morton Sanders púsose en pie vacilante.

—Apenas hube yo venido llamado por ti, conde Angus-siguió diciendo Kircaldy —el conde Erskine se apartó del prado y le vieron conversar con un hombre. Poco después, según me ha explicado Argyll, reunió Erskine a sus hombres y partió a todo galope hacia el interior.

—Eso demuestra que ese hombre venía a matarme —dijo

dramáticamente Angus señalando con un índice tembloroso al Pirata Negro—. Debió ser seguido de lejos por otro espía quien advirtió a Erskine del peligro que corría. ¡Vete, Kircaldy! ¡Vuela y dile a Argyll que a él le pertenece la persecución y exterminio del clan de Erskine si quiere participar en la futura gloria de Escocia bajo mi mando!

Desapareció apresuradamente Douglas Kircaldy, y al quedarse solo ante el prisionero y lady Denver, Morton Sanders agitó por varias veces un cordón pendiente encima del gran cofre.

Por otra puerta penetró Terence, el viejo criado.

—Cinco hombres para conducir al prisionero, Terence, al aposento del subterráneo. Puedes llevártelo, Terence. Nada podrá hacer, ni siquiera resistirse.

El Pírata Negro no opuso la menor resistencia a 1a mano que le asió por las correas que imposibilitaban cualquier intento de liberar sus muñecas atadas.

Conocía el carácter de la caprichosa lady Denver. Y tenía una esperanza inconcreta...

Salió en silencio empujado por el viejo criado...

Morton Sanders, bajo su apariencia de Angus Mac Dougherty, se aproximó a la hermosa aristócrata.

—Hemos firmado un pacto, Hermione.. ¿Me prometes fidelidad?,

—Prometo que al servicio de mi ambición, prestaré todos mis esfuerzos a tu plan.

—Te conduciré a tu nueva habitación, Hennione. Debo antes confesarte algo. Triste es para un hombre de mi edad, no poder confiar en nadie. Envenena mi sangre el pensar que en nadie puedo depositar por entero mi amistad.

—Tiene a Morton Sanders, conde Angus.

—No puedo creer en él, porque sé que desearía mi muerte. Es ambicioso y no vacilaría ante ningún obstáculo con tal de conseguir sus propósitos. Pero sabe que le vigilo.

—Yo puedo sonsacarle, conde Angus.

—En ti quiero confiar, Hermione... porque te quiero.

Aproximóse aún más el anciano, y al ver cerca de su rostro aquel semblante rígido de arrugas momificadas, lady Hermione levantóse, disimulando la repulsión que sentía.

—Tengo ya deseos de ver la habitación que me destinas, conde Angus.

—Son las que albergaron a las mujeres de los Dougherty por generaciones y generaciones. Nunca hubo entre ellas una inglesa. Tú serás la primera.

—Y espero que no la última-dijo ella con risa burlona.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando con la unión de Francia logremos ser dueños de Inglaterra, las damas más encopetadas de Londres desearán contraer enlace con los señores escoceses... y tú te jactaste de artes mágicas que te permitirán tener descendientes.

Impensadamente, los brazos que rodearon el talle de la hermosa inglesa, le causaron de nuevo la impresión que ya una vez había sentido.

Eran brazos fuertes, vigorosos... pero el semblante era una máscara de senilidad, aunque los vivaces ojos brillaran ardientes de deseo.

Pero Morton Sanders logró dominarse, y volvió a ser un viejo temblequeante el que se separó, reavivada su pasión...

—Sígueme, Hermione. Te mostraré tus magníficas habitaciones.

A la derecha de la salita que daba entrada a la escalera de caracol, un corredor opuesto al pasadizo subterráneo, conducía a un vestíbulo, tras el que una lujosa antesala-comedor, precedía a otra habitación-alcoba de gran lecho monumental encerrado entre cortinas espesas.

Ante él, Morton Sanders dijo con voz aguda y enfática:

—Aquí nacieron los Mac-Dougherty. Aquí vivirás, Lady Hermione Denver, si tu ambición, como lo creo, supera tu mente de inglesa. Piensa que puedes ser la María Estuardo del siglo dieciocho.

Sin añadir otra palabra, marchóse con su peculiar paso vacilante, arrastrando por el suelo los largos faldones cerrados y amplios de su hopalanda, encorvados los hombros.

Un grueso anciano suspicaz, pensó Lady Hermione Denver, mientras su cerebro dedicábase activamente a estudiar la situación, en la que entreveía confusamente explotar la ambición de Morton Sanders, y la viril nobleza del bruto Kircaldy...

Dos hombres jóvenes e impetuosos, de sangre caliente. Pero de pronto, una fugaz sospecha fué afianzándose en su mente. ¿Por qué

Angus Mac Dougherty le había revelado que desconfiaba de Morton Sanders?..

Sentóse en la cama, y la penumbra de las cortinas, facilitaron el germinar de sus ideas, donde alentaba un solo propósito: salvar la vida del hombre qué en Londres la había defendido galantemente, contra su propio hermano.

Salvar la existencia del español que hasta entonces era el primer hombre que había suscitado, en ella, fría y egoísta, un sentimiento extraño e indefinible, convirtiéndola de una muñeca helada y artificiosa en una mujer que ante él, sentía acelerar el latido de sus venas...

Despertó de sus pensamientos, al oír en el umbral de la alcoba la voz de Morton Sanders:

—El conde Angus me envía a recoger vuestras órdenes, milady. Se excusa si durante cierto tiempo no os visita, pero las recientes novedades le han debilitado y postrado, necesita reposo.

CAPÍTULO TERCERO

Los propósitos de Morton Sanders

Apenas hubo dejado en sus habitaciones a lady Denver, el escocés de doble personalidad volvió a subir las escaleras que conducían a su torreón, hábilmente construido para facilitarle varias salidas.

Una vez en el interior de su aposento, cerró por dentro las tres puertas ocultas por las cortinas que pendían de las paredes dejando tan sólo una sin correr el cerrojo: la puerta sólida de cuya cerradura sólo tenía Terence la llave.

Por eso Morton Sanders no se alarmó cuando oyó unos pasos anunciar que alguien acababa de entrar. Siguió ante el cofre despojándose de su hopalanda, su barba y peluca y la mascara.

Se quitaba los guantes cuando el viejo criado habló:

—Ha quedado el espía encerrado, Angus Mac Dougehrty.

Para Terence, el hombre que usufructuaba el pabellón del alto torreón era Angus Mac Dougherty siempre. Fuera de aquellos muros, era cuando ya olvidaba a su difunto señor, para sólo ver a Morton Sanders, el ingenioso y maquiavélico capitán "Highlander".

Tras una de las cortinas oyóse forcejear contra la puerta. La que permitía la entrada a Douglas Kircaldy, quien, como aparente muestra de confianza, había recibido del supuesto Mac Dougherty una llave.

Morton Sanders cerró el cofre sin hacer ruido y siguió a Terence por la puerta de salida, cerrándola el viejo criado cuidadosamente.

Poco después, a espaldas de Kircaldy que se disponía a embestir con su hombro la puerta que se resistía a abrirse, sonó la voz de Morton Sanders:

—Desiste, conde Kircaldy, de tu intención. El conde Angus

reposa, y ha manifestado su deseo de no ser perturbado en el descanso que necesita. Está debilitado por los recientes hechos.

—Este viejo autoritario es un alfeñique fatigado.

—Ciertamente lo es. Y si no fuera porque bajo su techo hallo buena comida y ahorro sueldos, iría a otro castillo a ofrecer mis servicios. Porque bombres como yo, siempre son requeridos.

Douglas Kircaldy miró fieramente al capitán "highlander".

—Tú prometiste fidelidad al conde Angus.

—Y fiel le seré mientras no halle mejor jefe. Él tiene en mí la máxima confianza. Sólo yo estoy autorizado para sustituirle cuando como ahora se halla enfermo. Me ordenó te preguntase si transmitiste sus deseos al conde Argyll.

—Partió ya con sus hombres a uña dé caballo en persecución del traidor. Aborrezco a los traidores, Morton Sanders. Recuérdalo. Yo soy hombre basto, sin finura ni cerebro. Te vigilaré, porque quien como tú habla mal a espaldas de un jefe, mal de fiar es.

Y Douglas Kircaldy, sin darse cuenta que acababa de ganarse la confianza de aquel a quien estaba amenazando, aguardó unos instantes con la diestra en la empuñadura de la espada.

Pero Morton Sanders fingió no ver el gesto de reto.

—Me ha dicho el conde Angus, que una vez sea interrogado el espía inglés, tendrás derecho a hacer con el lo que te plazca, en el patio del castillo. Pero el conde Angus recomienda que no corras riesgos inútiles porque generalmente los ingleses mandan a gente avezada a todo género de luchas.

Douglas Kircaldy escupió con fuerza, y su entonación fué despreciativa mientras fijaba en el escocés una mirada cargada de ira:

—¿Acaso cree el viejo que yo soy como él un medio cadáver? Lucharé con este espía y le venceré para ejemplo de todos los que presencien el combate. Tú el primero.

—Hablas desdeñosamente de nuestro jefe, conde Kircaldy.

—Será tu jefe, que no el mío. Porque yo soy jefe del clan, y soy colaborador del conde Angus, pero no un subordinado pagado como tú, Morton Sanders.

—El conde Angus me encomendó que procurase ganarme tu amistad, conde Kircaldy, pero tú no me facilitas la tarea.

Más que hablar, el conde Kircaldy bufó, y volviendo la espalda

al “highlander” descendió por las escaleras, seguido por él.

Ya en el vestíbulo, Kircaldy apuntó a Sanders con un índice erecto.

—Cuando quede interrogado el espía, mándame llamar. ¡Ay de ti si lo olvidas!

Alejóse andando con recias pisadas. Era un ejemplar rudo y viril de la fortaleza selvática de los montes, pensó Morton Sanders.

Mientras se dirigía a las habitaciones ocupadas por lady Hermione Denver, meditó que poco a poco su plan iba redondeándose.

Su objetivo y sus propósitos al proponer una unión con sus plumas negras a los tres clanes de Erskine, Argyll y Kircaldy había sido de una sinuosidad diplomática que hubiera agradado al difunto Mac Dougherty.

Su intención era hacer que se exterminasen entre sí los únicos clanes poderosos y de influencia con que contaba Escocia aparte el suyo. Y sin gran trabajo, los propios ingleses con su mensaje le habían facilitado el proyecto, ya que ahora los seguidores de Erskine se exterminarían con los de Argyll.

Y fácil le sería después lograr que Kircaldy exterminase al vencedor, con lo que las plumas negras ya sólo tendrían una labor sencilla: combatir al clan Kircaldy hasta lograr vencerle, y entonces permitir la realización antipatriótica y ambiciosa de Morton Sanders.

Dejar entrar a fuerzas francesas en suelo escocés, y con ellos lanzarse al saqueo de la zona norte de laisla británica, atacando como un puñal asestado contra unas espaldas el territorio inglés.

Morton Sanders se detuvo ante el umbral de la alcoba en cuyo lecho y oculta por las cortinas estaba Lady Denver.

—El conde Angus me envía a recoger vuestras órdenes, milady. Se excusa si durante cierto tiempo no os visita, pero las recientes novedades le han debilitado, y necesita reposo.

La inglesa levantóse y apartando las cortinas púsose en pie, avanzando hasta enfrentarse con Morton Sanders.

—Tengo que haceros una pregunta extraña, capitán Sanders. Vos tenéis mejores modales que los demás escoceses, y seguramente no daréis mala interpretación a mis palabras.

—Tuve el honor de frecuentar distintas cortes, milady.

—Entonces no os asombrará en demasía mi pregunta. ¿Me creéis hermosa y seductora?

—Mentirían mis labios si no expresasen la más profunda admiración por la donosura y los dechados de perfección que mis ojos contemplan, milady.

—¿Me creéis adicta al conde Angus?

—En eso no puedo opinar, milady. Vos sois joven, bella, y acostumbrada a la pleitesía de galanes jóvenes y apuestos...

—Ninguno de ellos podía ofrecerme lo que con el conde Angus puedo lograr.

Morton Sanders, brillantes los ojos, tocóse con el índice el pecbo,

—Yo, milady, os puedo ofrecer tanto o más que el conde Angus.

—¿Vos? —preguntó ella con altiva burla.

—Sí. Porque soy joven, y puedo regir los destinos de Glenmore, la zona fronteriza clave de Escocia, cuando el conde Angus muera.

—¿Qué más podéis ofrecerme además de vuestra juventud?

—Reinar en Escocia.

Lady Hermione Denver juntó las manos ante su regazo, mirando críticamente al apuesto escocés.

—Mientras viva el conde Angus no quiero pensar en otro escocés, capitán Sanders. Dadme gracias si no repito vuestras imprudentes palabras al conde Angus...

—Consideradlas hijas de la pasión que por vos experimento, milady. Desde que aparecisteis en este castillo, siento en mi pecho una quemazón ardiente que me tortura con creciente intensidad...

—Cuando os pregunté si me juzgábais hermosa y seductora no lo hice por coquetería. Destinaba mí pregunta a otro fin más importante. Era para mejor servir los deseos del conde Angus.,

—No Veo la relación que...

—Si interrogo anta vuestra presencia al espía inglés, no podré emplear los recursos que toda mujer bonita posee ante un hombre.

—Es orden del conde Angus que yo presencie él interrogatorio, milady. Vos os jactasteis de que podríais lograr que el prisionero hablase confesando quién le envió.

—Ante vos él no hablará. Acompañadme al aposento donde reposa el conde Angus y yo conseguiré que el me conceda la autorización de penetrar a solas ante el prisionero.

—Vos sois inglesa, milady, y podéis estar intentando un doble juego.

—No seáis torpe, capitán Sanders. Yo no tengo patria. No quiero exponer mi vida, porque sigo siendo una prisionera. ¿Qué fin podría perseguir? ¿Liberar al espía? No saldría del castillo y su muerte seria anticipo de la mía. Quiero ser dueña del destino más maravilloso que le fué dado vivir a mujer ninguna. Con el espía inglés fingiré y cuando haya logrado reducirle a mi vasallaje, sabrá al conde Angus que supo elegir al escogerme como esposa. Y una última advertencia os hago, capitán Sanders: no volváis a hablarme como poco antes lo habéis hecho, porque me vería forzada a decirle al conde Angus que vos no merecéis su confianza. Os hablo así, porque sé que no intentaréis nada contra mí. El conde Angus me desea, y cualquier daño que vos me inflingierais, sería castigado con vuestra muerte, que poco pesa la vida de un hombre, cuando en juego está la pasión de un anciano.

La mente de Morton Sanders trabajaba con rapidez. Ambicioso en extremo sólo podía creer en la ambición de los demás.

Y quedó convencido de que Hermione Denver, como ella misma había manifestado, prefería ser “la primera dama en Escocia, a ser una dama más en la corte Real de Londres”.

Extrajo de su cinto una llave, que tendió a la inglesa.

—Comunicaré al conde Angus vuestro deseo de interrogar a solas al prisionero, milady. Espero que no se irritará si yo me he tornado Ia libertad de acceder en su nombré a vuestra petición, ya que estimo que todos nosotros obramos con un solo propósito: la mayor riqueza de Escocia, en su alianza con los franceses.

* * *

En la vertiente del Canal Glenmore, opuesta a la que conducía por sus escarpaduras hasta el castillo de Huntly, hallábase la tierra inglesa.

Una vasta llanura que se desparramaba hasta la colina de Gildford, que terminaba en la parte oriental en la ancha bahía del mismo nombre.

Gilford era el último pueblo inglés, fronterizo con Escocia, y como zona de transición participaba.de una población intermedia, donde tan bien acogidos eran los británicos como los escoceses, dado que de ambos recibía el pueblo sus males y sus beneficios..

En una ventosa tarde de Octubre dos viajeros llegaron ante la puerta del “León Blanco” de Gildford.

—Ultima etapa-dijo uno de los jinetes desmontando. Hablaba en inglés pero con neto acento galo.

—Primera dirás-replicó el otro, con el mismo acento, imitándole en el acto de atar las bridas al pesebre. —Sabes que estoy contigo incondicionalmente, Morbleu. Pero me alegraría mucho el conocer la finalidad de nuestro viaje.

—También yo, Vigan.

El llamado Vigan encogióse de hombros. Ambos jinetes eran altos y de miembros fuertes?, como gente acostumbrada al ejercicio de las armas.

Vestían elegantemente, y en sus cintos, además de la espada y el puñal, ostentaban un par de pistolas de culatas afiligranadas.

—Resultas pesado con tus enigmas, Morbleu.

No replicó el aludido, porque el posadero acudía corriendo.

—Bella ciudad, romántica y repleta de saber, buen hombre-dijo a modo de saludo el llamado Morbleu.

El mesonero hizo una mueca de agrado, tras dedicar a los dos viajeros una profunda reverencia.

Morbleu inspeccionó el prado cercano donde ya le había llamado la atención la presencia de dosw grupos de jinetes que separadamente, aunque ostentando plumas verdes todos en sus boinas, estaban claramente a la expectativa, observándose con recelo.

—¿Quiénes son, buen hombre? —inquirió Morbleu.

—Los clanes de los condes Erskine y Argyll, Excelencia. Y por eso mismo, como adivino que sois forasteros, venía a suplicaros siguierais camino, porque los condes Erskine y Argyll están en mi sala.

—¿Erskine y Argyll? Precisamente tengo deseos de saludarles-dijo Morbleu, e indolenlehiente seguido por Vigan entró, apartando de un empujón al posadero alarmado.

Los dos caballeros que sentados uno frente al otro, separados por una mesa discutían acaloradamente, no vieron entrar a los dos franceses. Prudentemente el posadero se eclipsó.

Erskine, aumentado el rubicundo color de sus mofletes, chillaba:

—Yo juro que es una trampa, una cochina trampa, Argyll. Angus

se propone que tú y yo nos matemos.

El tétrico y esquelético James Argyll, pegó un puñetazo en la mesa:

—¿Por qué huistes?

—¡No hice tal! Vine a Gildford porque sabía que Kircaldy o tú me seguiriais. No hagamos que nuestros hombres peleen…

—Nunca permitan tal cosa, mis caballeros —intervino inesperadamente Morbleu dedicando a los dos escoceses una magnífica reverencia.

Los dos condes miraron airadamente al que se atrevía a irrumpir en donde ellos estaban. Llevaron al unísono sus diestras a la empuñadura de sus espadas.

—Por favor, mis caballeros… —dijó blandamente Morbleu.— Tengo un gran honor en saludarles, porque lleva misión para los condes Erskine, Argyll, Kircaldy y Mac Dongherty.

Los dos escoceses miranronse en silencio, olvidando por un instante su discusión.

El francés, seguro de si mismo, avezado a misiones peligrosas, siguió hablando persuasivamente:

—Francia está impaciente por servir los destinos de Escocia, mis caballeros. Traigo entre otras cosas un plano, donde se numeran los sucesivos arribos de fuerzas francesas navales que se pondrán a disposición de vuestras mercedes, para invadir el suelo inglés.

Argyll se puso en pie, imitado por Erskine, y sin mediar palabra de aviso, desenvainó atacando al desprevenido Morbleu. Acudió aceleradamente Vigan, pero la espada de Argyll había ya atravesado la garganta del francés, y Erskine, aunque no comprendía la razón, tenía la bullente sangre del montañés.

Su espada atravesó el brazo de Vigan que se disponía a desenfundar una de sus pistolas, y ya Argyll ultimó la labor repitiendo su veloz estocada a la garganta de Vigan.

Mientras los dos cadáveres quedaban desangrándose, y los dos escoceses limpiaban sus espadas, Argyll murmuró hoscamente:

—Tienes razón, Erskine. Angus es un traidor.

—Lo es. Porque bien está que Escocia luche contra Inglaterra, pero seríamos hijos de perra si consintiéramos que un ejército francés invadiera nuestra patria. Créeme, Argyll, es nuestra obligación apresar a Angus y a Kircaldy, y enviar mensaje a

Londres, reafirmando nuestro propósito de ser fieles a la corona, si ésta no manifiesta tiranías que no admitiríamos.

Inclinóse Argyll y registró las ropas de Morbleu. Al fin logró encontrar lo que buscaba.

Encerrado en un saquito de piel atado de un cordón que colgaba del cuello del cadáver, había un pergamino que crujió bajo los huesudos dedos de James Argyll.

Lo extrajo extendiéndolo encima de la mesa. Era un mapa del litoral escocés, donde estaban señalados con cruces y números, varios parajes,

Bahías bien elegidas, siendo la primera de ellas la de Loch Firth, al final oeste del canal de Glenmore. Y junto a la cruz había un número "uno", y una raya trazada a pluma, separaba el uno de otra cifra: seguida de. un nombre.: "115. Joliette".

—¿Qué significará? —preguntó Erskine.

—Que el primer lugar donde arribarán fuerzas francesas será el de Loch Firth, y supongo que el número 115 querrá decir el total de los tripulantes del barco "Joliette".

Erskine miró admirativamente al hombre que poco antes estaba dispuesto a darle muerte.

—¿Qué hacemos, Argyll?

—Inglaterra nos colmará de honores y dinero, Erskine. Esa es nuestra oportunidad. Tenemos ese plano enviado por Francia. Unamos nuestras plumas verdes y ataquemos el clan Kircaldy.

—Son tantos como nosotros y buenos guerreros, Argyll.

—Pero los venceremos. Llegaré yo en primer lugar diciendo que te he matado y exterminado a tu clan. Por la noche atacaré el campamento por el lado oeste. Tú ataca por el canal...

Y después, fácil nos será vencer a los del castillo. Debemos liberar a los dos prisioneros ingleses, y que ellos lleven a Londres este plano, acompañados por dos de los tuyos y dos de los míos.

—Seremos ricos y poderosos, Argyll —dijo ávidamente Erskine.

Y siguieron discutiendo el plan de ataque contra el clan Kircaldy. La impaciencia francesa y la avidez escocesa habían colaborado impensadamente en la consolidación de la reciente unión pactada entre los gobiernos de Londres y la anarquía de Escocia.

CAPÍTULO CUARTO

La terquedad de un prisionero y las indiscreciones de un calvinista

Lady Hermione Denver entró con cierta precipitación en el aposento donde horas antes ella había estado como prisionera.

Habitualmente serena, reprochábase con acre recriminación el extraño desasosiego íntimo que la invadía cuando se halló frente al que había conocido en raras circunstancias en una lejana isla (Ver: La tizona toledana).

El Pirata Negro, tendido en el camastro, sus manos atadas a la espalda, y juntas las piernas por las correas que reunían sus tobillos, ladeó la cabeza para contemplar a su visitante.

—Excusadme, milady, si no me pongo en pie como la cortesía exige y mi natural galante me aconseja. Pero mi incómoda postura demuestra que si estos escoceses no poseen muchas cualidades, dominan en cambio el arte de reducir a la impotencia. Esas tiras de piel son más resistentes que cables marinos trenzados.

Aproximóse ella hasta sentarse a la cabecera de la cama. Su falda rozó la negra, caballera del hombre extendido.

—¿No os extraña que entre yo sola?

—Los hombres siempre proponen y son las mujeres quienes disponen. He visto que poséis la llave, y que habéis cerrado escrupulosamente la puerta. Sois, pues, momentáneamente mi carcelera. Gran confianza ha de tener en vos el conde Angus.

—He sabido ganármela, señor español. No estáis en situación de seguir alardeando.

El Pirata Negro retrocedió con esfuerzo de riñones y piernas hasta quedar sentado contra el respaldo del camastro.

—No humilla quien quiere, sino quien puede, milady.

—No pretendo vejaros, señor.

—Obtuso soy pues, cuando así lo creí. Pero tened presente, que en pie, tendido, herido o medio muerto, yo siempre soy yo.

—Vuestro orgullo es insoportable —murmuró ella suavemente.

—Soporté la caricia del candelabro que tuvisteis a bien concederme. ¿Puedo oír los motivos por los que me descalabrasteis?

Ella pasó su diestra por la tira de piel que cruzaba la frente del Pirata Negro manteniendo en su sitio el curativo emplasto de hierbas.

—Más vale esto que la muerte que buscabais, señor Lezama. Yo os puedo proporcionar la huida y a eso he venido.

—Entonces podré ahorraros tiempo, milady. Os agradezco vuestra intención, y me reconforta ver que os comportáis como toda una dama. Pero yo no huyo.

—No temáis por mí. Yo sabré...

—Cortad mis ligaduras, dadme una espada y caerán algunos dueños de plumas. Pero ¿y después? Caeré yo, porque tengo el buen gusto de Reconocer que no soy invencible. Prefiero estar cómodamente tendido esperando lo que haya de acontecer.

—Sé que pensáis en mí. Vuestra galantería de español no consiente que en la huida dejéis tras vos a una mujer... Pero os afirmo, que yo sabré salvar el peligro que...

—Tate... Quiero decir: punto en boca, milady. No pienso en vos al denegar la huida, que me ofrecéis. Pienso en cuarenta hombres presos en la torre de Londres. Son un hatajo de borricos, sin más ley que la que yo les impongo. Los recogí de la escoria de los puertos, y de la resaca de la vida. Son brutos que matan con placer y viven con desgana. Son hombres sin luz marina en sus vidas. Comen hasta hartarse, beben como esponjas, y no saben lo que es un claro de luna, porque lo estiman tan sólo por la orientación que en el mar les da. Son como son, ¡pero son mis valientes! Y no quiero huir, milady. Porque vine para matar a Angus Mac Dougherty. Ese era el precio que me puso un prohombre inglés como salvación de las vidas de, mis valientes.

—No os entiendo. Primero fuisteis para mí el irlandés Sir Charles Lazyman, que salvó mi vida. Después el mismo que desafió al corsario Hugh Foster. De pronto aparacisteis en este castillo como Messire Lucien Terral, para decirme que erais en realidad Carlos

Lezama, un aventurero español. Ahora me habláis de cuarenta hombres presos en la Torre de Londres. ¿Por qué están presos?

—Prefirieron alardear de libre piratería bajo mi mando.

Lady Hermione Denver tuvo un renacer de su habitual temperamento caprichoso. Juntó las manos en ademán preventorio, para evitar otro gesto más espontáneo.

—¿Eres pues un pirata, Carlos Lezama?

—A mucha honra lo tengo, Hermione, ya que ello me ha valido que tú me honres tuteándome.

La sonrisa sarcástica de Lezama irritó a la aristócrata.

—Creo que no te das cuenta de tu situación, pirata.

—¿Y tú de la tuya? Has navegado, preciosa. Sabes que según sopla el viento tiende el marino la vela. Tú eres un blando céfiro caprichoso. Ayer soplaba norte. Hoy sopla sur. ¿Mañana qué dirección tomará? Puedes ser inteligente y comprender que Inglaterra pierde todas las batallas menos la última. Pero si tu ambición domina, preferirás vivir por unos instantes el papel de una reina efímera…

—Muchos hombres he conocido, pirata. Ninguno me produjo el enfado que tus burlas me producen. Estás prisionero, ¿lo percibes o no?

Ladeóse Lezama hasta colocarse tendido sobre un costado.

—Pero mí lengua está libre, milady. Y eso es mi gran fortuna. Ahora déjame decirte que si aquí viniste, tu propósito llevarás. Sea cual sea, por buena doy tu actitud. Al fin y al cabo eres mujer, y no puedo pretender que si la mar unos días es la mejor amiga, y otros la peor enemiga, tú seas distinta.

—Yo no soy tu enemiga, pirata. Tengo por tí cierto aprecio…

—¿El que destinabas a tus perrillos de extraña raza?

—¡Quizás! Tú, un pirata, osaste venir conmigo a la corte de Londres. Tú osaste…

—Nada de osadías me permití, milady. De tu brazo iba. Alquilaste la espada de un aventurero, y por tus ojos que en cierta ocasión fueron humanos, no puse precio a mi espada. Mientras la manejé libremente, para tí era. ¿Preguntaste si era un pirata quien te acompañaba?

—Por la espontánea ayuda que entonces me prestaste salvando mi vida, quiero yo ahora pagarte mi deuda.

—Nadá me debes. Lo que entonces hice por ti, por cualquiera lo hubiera hecho.

—Tanto es tu orgullo que pretendes ofender mi amor propio con tal de no recibir ayuda de una mujer.

—No soy tan quisquilloso, milady. Si supiera que de algo había de valerme tu intención de darme campo libre, aceptaría.

—Puedo cortar tus ligaduras. Vendré con puñal en otra visita.

—De aquí ro podré salir.

—¿Te rindes antes de luchar? No es propio del hombre que antaño conocí en la isla de Wight.

—Sigo siendo el misino, pero me doy perfecta cuenta de la situación. Tengo que matar a Angus Mac Dougherty, y si no lo consigo habré fracasado en mi intento al venir a esta castillo. Pero nadie puede facilitarme la huida, porque no quiero huir, suponiendo que los escoceses me lo permitieran.

—Tu terquedad es enojosa.

—Lo enojoso es que haya cuarenta hombres presos en la torre de Londres y cuya libertad dependa de algo tan inservible como la vida del conspirador Angus. Un hombre decrépito que desde esta guarida envía cosarios a asolar costas francesas, para bienquistarse con los ingleses, mientras por otro lado intenta levantar en armas a Escocia privándola del bienestar que le produciría una pacífica unión con Londres.

—Si triunfase en su empeño, yo podría ser la reina de esta región. Huye, pirata. Habré saldado contigo mi deuda, y deja por imposible tu propósito de matar a Angus. Bastaría una palabra mía, para que Angus te hiciera dar muerte prontamente.

El Pirata Negro observó el semblante dé la inglesa. Había una luz de codicia en los habituales ojos de un pálido azul indiferente.

—Escucha, pirata. Yo podría prolongar tu existencia. Ingeniería el medio de liberarme de cuantos estorbos se me opusieran… y algún día quizás muy cercano, podrías tu compartir conmigo e1 poderío…

—Desvarías, milady. Vuelve a ser la juiciosa mujer de frío temperamento, y limítate a los fútiles caprichos que no un podrían más que perjudicarte poniéndote en entredicho, pero no podrian conducirte a que tu cuello reposara en el yunque del verdugo.

—Hay juegos que bien valen arriesgar la vida. Nadie mejor que

tú lo puedes saber, por tu azarosa existencia...

—Así me veo.

—Medita en cuanto te he dicho, pirata. Volveré, y quizá entonces hayas mudado de parecer. Te ofrezco algo en que nunca pudiste soñar: compartir conmigo un reino.

—Una vez conocí un vendedor de caballos que me ofrecía una yegua alada. Quise mercarla, y me señaló una nube que pasaba...

Lady Hermione Denver levantóse, separándose del camastro.

—En esta tierra todo es neblina. Pero vivir aunque sólo fuera un corto tiempo la vida de una reina no es pretender ensillar una yegua formada por nubes. Piensa, pirata. Sólo tienes ahora por certidumbre una muerte cercana.

Por unos instantes miró ella al hombre que la contemplaba con evidente compasión. Y aquello la irritó más que si hubiese manifestado lo que su fisonomía expresaba...

—¡Pareces compadecerme, cuando tu eres el que es de compadecer!

Levantóse él en salto ágil, y, atadas las manos a la espalda y trabados los tobillos, logró, sin embargo, avanzar hacia la aristócrata.

—No me tengas aún piedad, milady. Nada es permanente, y las tornas pueden cambiarse.

Ella retrocedió contra su voluntad, aproximándose a la puerta.



...y atadas las manos a la espalda y trabados los tobillos...

En pie en el centro de la estancia, el Pirata Negro inclinóse brevemente.

—Olvidemos esta conversación, mílady. Por mí esta tu visita no ha tenido lugar.

Ella abrió la puerta y salió en silencio. Fué también sin

consciente intención, sino impulsada por un sentimiento que no podía analizar, lo que le obligó a quitar la llave, tras cerrar la puerta, y aplicar sus ojos al ancho cerrojo.

Vió como el hombre que acababa de dejar, en situación que más parecía de dominante consejero que de inerme prisionero, se acercaba a una de las paredes, donde a lo alto, sobre un saliente del muro, había un madero que servía de base a un candelabro de cinco velas.

Distaba medio metro de la cabeza del Pirata Negro, y Hermione Denver siguió al acecho, para intentar adivinar el motivo por el cual el prisionero avanzaba a cortos saltos lucia el lugar donde el candelabro desparramaba su luz.

Y fué aumentando su pasmo a medida que veía las extrañas manipulaciones a que se dedicaba el pirata.

Encorvándose Carlos Lezama, acababa dé colocar sus espaldas bajo la mesa y, levantándola en equilibrio, la transportó hasta dejarla de nuevo aplomada sobre sus cuatro patas bajo el candelabro.

Salió de debajo y, sentándose encima, dobló las piernas, apoyándose en los tacones hasta ponerse en pie. Y entonces comprendió Lady Denver cuál era la finalidad de aquel extraño ejercicio.

El Pirata Negro volvíase de espaldas y la llama de una de las velas produjo un denso humo negro…

Aunque ya Lady Denver sabía lo que se proponía él pirata, siguió inclinada, fingiendo no ver que junto a ella estaba Morton Sanders, reconocible, sin necesidad de levantarse, por el rabo de zorro que colgaba de su cinto de “highlander”.

Vió como, libres las manos, el Pirata Negro bajaba de la mesa, transportándola de nuevo y dejándola como antes estaba. Se tendió en el camastro y liberó sus tobillos, pero sin quitar las correas del todo.

Quedó con las manos libres ocultas bajo su espalda…

Sólo entonces levantóse ella.

—Duerme —dijo lacónicamente, mirando, a Morton Sanders.

—¿Confesó quién era, milady?

—Persiste tercamente en denegar que es un espía inglés, Pero supongo que en mi próximo interrogatorio podré ya decirle al conde

Angus quién es este hombre.

Tendió Sanders el oído... Oíase a la lejos el sonido de un cuerno de caza. Sonido que, más cercano, reproduje otro instrumento semejante, repitiendo los roncos ecos...

—La señal de avisó del conde Kircaldy-dijo Morton Sanders —. Tengo que ir a ver lo que ocurre. Es la señal sólo empleada en casos especiales...

Marchóse corriendo el "highlander", y poco después atravesaba el lago, en pie en la lancha. Desde ella pudo ver un extraño grupo cerca de la orilla a la que se dirigía.

Era una carreta rústica y sólida conducida por un campesino. Dos soldados ingleses a caballo la flanqueaban, y un monje alto, vestido de largo sayal blanco, estaba junto a Kircaldy.

Una decena de plumas amarillas manteníanse a retaguardia, con las armas desenvainadas.

Douglas Kircaldy, apenas hubo desembarcado el "highlander", señaló hoscamente el grupo, recorriendo en brusco ademán el monje, los soldados y la carreta.

—Presente de la reina de Londres. Vino de reyes para, el conde Angus. Dicen que traen credencial de la reina.

Lord Barton Denver, cruzados los brazos y hundidas las manos en las anchas mangas de su sayal, habló con cierto énfasis:

—Mensajeros de Su Graciosa Majestad para el conde Angus MacDougherty.

—Soy el capitán "libre" Morton Sanders, señor fraile. ¿Qué traéis en esta carreta?

—Un vino curativo para los achaques de la senectud, señor capitán. Yo soy el monje calvinista Hiram Croft, como consta en la carta augusta que para el conde traigo.

—Tened la bondad de ordenar al cárretero que descargue el barril y lo coloque en la lancha. Que él y los dos soldados entren también en la barca que nos conducirá al castillo.

Los dos falsos soldados ayudaron a su amigo a transportar el tonel, que llevaban con sumo cuidado, hasta la barca. Poco después el fingido monje entraba con Morton Sanders en la lancha.

Durante el corto trayecto la mente de Morton Sanders dedicóse a imaginar las posibles asechanzas de aquel envío. Podía ser vino envenenado.

Y cuando los cuatro ingleses hubieron atravesado el patio del castillo, examinados suspicazmente por los del clan Doughertv, y llevando dos de ellos en angarilla el tonel. Morton Sanders les introdujo en uno de los vestíbulos.

—No os podrá recibir el conde, señor fraile. Está enfermo. Pero, en su defecto, yo soy quien le substituye.

—Leed, pues, el mensaje real.

Lord Denver extrajo de su sayal el pergamino enrollado, del que colgaba el característico sello de cinta.

Rasgó Sanders el papal tirando de la cinta y leyó:

> “Dado en Londres a 2 de octubre de 1710.
>
> ”A nuestro predilecto súbdito y fiel aliado:
>
> “Nos complace enviaros, por conducto del reverendo monje calvinista Hiram Croft, un néctar de las cepas reales francesas, presente que os hacemos con sumo agrado porque hemos sabido que os halláis en trance delicado.
>
> "Mucho nos complacerá el saber que con sus tomas mejorará vuestra salud, que nos es preciosa, porque representáis el sentir y la fidelidad, de nuestra bienamada Escocia.
>
> ”Os besa.
>
> *”Ana Estuardo.”*

Morton Sanders irguió la cabeza, rebosante de orgullo, olvidando por unos instantes quién era, y recordando tan sólo quién representaba.

Dobló el pergamino.

—Instalaos a vuestro placer, señor fraile. Iré a leer este mensaje al conde Angus, que oirá su lectura con gran deleite.

Morton Sanders atravesaba el corredor que conducía al vestíbulo de la escalera de caracol y el pasadizo, cuando se detuvo ante el gesto misterioso con el que Lady Denver le hacía señal de que fuera hasta el pasadizo donde ella estaba.

—La reina envía un presente al conde Angus, milady-dijo orgullosamente el “highlander”.

—De eso precisamente os quiero hablar, capitán. Estuve examinando a los portadores del tal presente por entre unas cortinas.

—El monje, es un calvinista. Los otros tres son soldados.

—El monje es mi hermano: Lord Barton Denver, y los otros tres son sus habituales compañeros de aventuras: Malcolm Tresham, David Fenston y Michael Green.

CAPÍTULO QUINTO

El exterminio

Morton Sanders adquirió repentinamente una entera confianza en la que no vacilaba en delatar a su propio hermano.

Desconociendo el odio que mutuamente se profesaban entre sí los dos hermanos dedujo que, queriendo servir a Escocia, Lady Denver no vacilaba en delatar a quien amaba.

—Tal sacrificio os será recompensado, milady. Os lo garantizo. Y ahora iré a dar orden de que sean ajusticiados esos cuatro conspiradores. Deben Haber falsificado las cartas reales, y el vino será; sin duda alguna, un ponzoñoso brebaje destinado a matar al conde Angus. Me cerciroraré fácilmente de ello.

Cuando reapareció Morton Sanders en el vestíbulo donde aguardaban los cuatro ingleses aventureros por diletantismo, venía acompañado de diez escoceses que, espada en mano, colocáronse estratégicamente por la habitación.

Lord Barton Denver, serenamente, siguió sentado, y los otros tres, en pie, no dejaron traslucir sus sentimientos. Sabían que los escoceses eran extremadamente suspicaces.

Morton Sanders, sonriente, avanzó hacia el supuesto monje.

—¿Cuál es vuestro nombre, señor fraile?

—Hiram Croft.

—He leído el mensaje de que sois portador al conde Angus. Ha quedado muy gratamente Sorprendido de tal rasgo de bondad por parte de nuestra reina, cuya vida desea se prolongue muchos años para el mejor bien de la tierra británica y sus aliados.

Hizo una pausa, y continuó, sin alterar su tono:

—Desgraciadamente monje Croft, son tantos los enemigos que acechan la también preciosa existencia del conde Angus, que nos

vemos obligados siempre a desenmascarar a muchos impostores. No ha mucho, vino a este castillo un hombre que decía ser portador también de un mensaje real. Hízose presentar como Messire Lucien Terral, caballero provenzal, procedente de Francia.

—¿Messire Lucien Terral? —fingié meditar Barton Denver.

—¿Acaso lo conocéis?

—Es un francés.

—Eso pretendía él. Pero no era cierto lo que afirmaba. Había suplantado la personalidad del caballero así llamado. ¿No os parece que tenemos, pues, motivos siempre de estar sospechando?

—Habéis hecho bien, porque tenía que ser a la fuerza, un impostor?

—¿Sí? ¿Qué os conduce, señor fraile, a afirmar tal cosa?

—Porque el verdadero Messire Lucien Terral está, preso en la Torre de Londres, si es que a estas horas no ha sido ya ajusticiado por conspirar a sueldo de una potencia extranjera, en suelo inglés. Tengo barruntos de que oí hablar de un espía que substituiría al francés. ¿Podéis describirme al impostor? ¿Es, acaso, alto, de anchas espaldas, mirada negra intensa e insolente, perfil de halcón, vestido por entero de negro, con coleto de encajes blanco?

—Exacto. Éste es el impostor.

—Dadle pronta muerte, señor capitán. Este personaje es un pirata español; y vino con el propósito de dar muerte al conde Angus. Es mi deber hacéroslo saber.

—Os agradezco vuestra información, señor Hiram Croft. ¿Por casualidad vos que tan enterado estáis de las cosas de Londres por el cargo de confianza que la reina os otorga, sabéis quién es Lady Hermione Denver?

—Desapareció no ha mucho de la corte. Unos pretendieron que lo hizo en compañía del pirata español que antes cité.

Morton Sanders reprimió un sobresalto de sorpresa.

—¿Acaso se conocen ambos?

—Lady Denver vino a Londres haciéndose acompañar por el pirata.

—¡No es posible! ¿Cómo iba el pirata a osar, penetrar en Londres, si sabía que el verdugo cercenaría su cabeza?

—Se presentó como Sir Charles Laziman, un irlandés. Ha dado muerte al corsario escocés Hugh Foster, incitado a ello por Lady

Hermione Denver. Y como también corrió el rumor de que Lady Denver había decidido visitar Escocia, seguramente el pirata español vino en pos de ella. Ambos deben, seguramente, haber adoptado falsas personalidades.

Hizo Sanders un gesto, y varias espadas se apoyaron en los pechos de Malcom Tresham, David Fenston y Michael Green.

Barton Denver había recomendado que no manifestara ninguno de ellos la menor rebeldía, ya que una de las pruebas a. que los escoceses sometían a todos los visitantes era simular amenazas para obligarles a delatarse sí realmente no eran lo qué pretendían.

Morton Sanders fué designando a los ingleses uno por uno.

—Ignoro a quién corresponden los nombres, pero vosotros tres sois, respectivamente, Michael Green, David Fenston y Malcolm Tresham. En cuanto a ti, falso Hiram Croft, eres Lord Barton Denver... ¡Cargad, gente de mi clan!

Los escoceses produjeron en los tres cortesanos la última sorpresa. Antes de que pudieran tan sólo demostrar que la revelación inesperada de sus personalidades les inducía a tomar una actitud de defensa, ya las espadas escocesas les habían perforado en múltiples y sañudas estocadas mortales.

Morton Sanders abalanzóse apenas dió su orden, rodeando con sus robustos brazos la cintura del vestido de sayal. Apoyó su barbilla en el pecho del inglés y le derribó al suelo.

Dos escoceses acudieron y de sus cintos fueron extrayendo las correas, con las que en breves instantes maniataron y trabaron los miembros del aristócrata.

—Ponedlo en pie-dijo imperiosamente Sanders.

Dos escoceses, los mismos que le habían atado, asieron a Barton Denver por los sobacos, sosteniéndolo en pie.

Colérico porque sabía ahora que la hermosa inglesa de la cual estaba enamorado pretendía engañarle, Morton Sanders dió una orden breve.

—Apresad a la inglesa y llevadla al aposento del pasadizo donde está el espía.

Marcháronse los restantes escoceses, y Morton Sanders pisó dos de los cadáveres al dirigirse hacia el barril. De la espita colgaba de dos cadenas de oro una taza del mismo metal.

La destrabó y, dando vuelta al grifo, escanció el dorado vino en

el recipiente de oro.

—Bebe —dijo,tendiendo la taza a Barton Denver, aplicándosela contra los labios.

El aristócrata, lívido, y sabiéndose próximo a la muerte, obedeció. Tiró Sanders la taza al suelo, esperando ver de un momento a otro como caía al suelo, fulminado por el veneno, su portador.

Pero pasaron unos instantes y Lord Barton Denver siguió en pie.

—¿Es de efectos lentos? ¿Acaso era vino destinado a producir la muerte entre grandes torturas? Tú las sufrirás. ¡Encerradlo junto a su hermana y el pirata!

Al quedarse solo, Morton Sanders llegó mentalmente a la conclusión más cercana de la verdad. Lo hacía por deducciones, pero acertaba.

Los dos hermanos debían odiarse por causas desconocidas, y por eso no habían vacilado en delatarse mutuamente...

Interrumpió sus meditaciones el sonido de grandes voces lejanas que en confusa algarabía llegaban amortiguadas hasta; el patio del castillo.

Corrió hacia allá, y vio que todos los componentes del clan Mac Dougherty se apiñaban apretadamente en lo alto de las almenas del castillo, intercambiando excitados comentarios.

El vocerío procedía del exterior, y eran los clásicos gritos de guerreros combatiendo...

Morton Sanders escaló rápidamente los peldaños que conducían a las almenas, y pudo desde la altura del castillo contemplar la escena de matanza y exterminio que tenía lugar en el prado y los contornos del lago.

* * *

James Argyll, más tétrico que nunca, vino al frente de sus jinetes, cubiertos de polvo, hasta el lugar donde acampaba Kircaldy y los suyos.

Douglas Kircaldy era hombre poco experto en lides diplomáticas, pero no tenía igual en el arte bélico. Mientras se aproximaban las huestes de James Argyll, fué contando el número de plumas verdes...

—Hola, conde Kircaldy —dijo lúgubremente Argyll—. Di alcance al, traidor Erskine y le di muerte, así como a todos los

suyos.

—Se dejaron exterminar sin combate, por lo que veo-dijo Kircaldy.

—Los atrapé en emboscada y mientras atravesaban un desfiladero. Cayeron aplastados por el peso de las rocas que derrumbamos a su paso.

La explicación era lógica y aquietó momentáneamente el recelo siempre despierto de Kircaldy y cuantos como él vivían en la tierra de los conspiradores.

Pero sintió acentuarse su recelo al observar que los plumas verdes seguían montados, y algunos de ellos iban como al desgaire, conduciendo a sus monturas de forma a rodear a los que acampaban.

Y estalló la primera chispa del descomunal combate que iba a seguir, porque Ruthven Erskine, quizá por deseos de terminar pronto con éxito el plan que le había sugerido Argyll apareció en lo alto de las rocas al frente de su mesnada.

—¡¡A las armas!! —gritó Douglas Kircaldy, ensillando de un salto.

James Argyll hizo dar media vuelta a su caballo para distanciarse del temible y feroz Kircaldy.

Formóse una algarabía de voces y relinchos de caballos, mientras las espadas destellaban a los rojizos reflejos del crepúsculo.

Douglas Kircaldy, espada en alto, puso al galope su caballo. Plumas verdes y plumas amarillas enzarzáronse en mortal lucha, mientras James Argyll lograba ocupar puesto a la retaguardia...

Por las laderas de la vertiente del canal, y a todo tren, bajaban los jinetes de Kuthven Erskine, que se dirigían hacia el enemigo del momento, cargando por el flanco.

—¡¡Formad triángulo!! —gritó Kircaldy, asestando a diestro y siniestro sendos altibajos.

La estratégica y cerrada maniobra se verificó prontamente, avanzando con ímpetu.

Chocaban los pechos de los caballos, derribando los más poderosos a sus adversarios. Los cascos pisoteaban y las espadas goteaban sangre..

Ruthven Erskine quiso rehuir el combate cuando vió que como

una tromba, Douglas Kircaldy salía del triángulo, y, abriéndose paso irresistiblemente, avanzaba hacia él espada en alto.

Detuvo Erskine la primera acometida, pero la daga de Kircaldy fulguró unos instantes, hundiéndose en el ojo derecho de Erskine y atravesándole el cerebro.

—¡¡Muerto el traidor Erskine!! —gritó Kircaldy, con salvaje frenesí.

Aquel grito sirvió de acicate á sus hombres, que renovaron con mayor energía su ataque.

Caía ya el crepúsculo, cediendo paso a la noche, cuando las boinas caladas al iniciarse el combate; y atravesadas por plumas amarillas, eran las únicas que cubrían cabezas de hombres a pie, que recorrían el prado, rematando a los vencidos.

Douglas Kircaldy se detuvo con la daga en alto encima del cuerpo derribado de James Argyll, cuyo caballo, muerto le había aplastado la pierna derecha, rompiéndosela, y manteniéndolo prisionero con su peso.

Un ancho tajo partía el hombro de Argyll y por la profunda herida manaba sangre en abundancia...

Los supervivientes iban encendiendo antorchas... Terminada su macabra labor de convertir el prado en un cementerio de cadáveres expuestos al aire, se congregaron tras su jefe.

Uno de ellos avanzó, para murmurar, jadeante:

—Treinta y siete quedamos, Douglas Kircaldy. Los demás perecieron en la lucha.

Coléricamente iba Kircaldy a abatir su daga para hundirla en los ojos de James Argyll, cuando detuvo su Impulso al oír la voz ronca y grave del malherido murmurar:

—Angus te llevará al cadalso, conde Kircaldy... Es un traidor...

—¡Tú lo eres! ¡Tú, que con Erskine quisiste sorprender a traición a mi clan! Muere por...

—¡Aguarda, conde Kircaldy! —dijo él moribundo, con un estertor de energía que, le hizo enderezar el busto—. En mi chaqueta encontrarás un plano. Lo cogí de un francés... Angus ha pactado entregar a Inglaterra... Los franceses invadirán Londres después de esclavizarnos... ¡Te juro cómo escocés que va a morir que no te miento! ¡No te miento, conde Kircaldy!

—¡Repito! —dijo ceñudamente Kircaldy.

—Angus... traidor... Vende Escocia a los franceses... Juro que digo verdad... Por eso atacamos para vencerte y atacar después el Castillo...

Inclinóse Kircaldy y hurgó bajo la chaqueta de piel del que hablaba en los postreros esfuerzos...

Sacó un papel doblado en cuatro y lo introdujo en el interior de su propia chaqueta.

—Debes... darlo al espía inglés preso... Que Londres sepa que somos enemigos..., pero no vendidos al francés...¡Por Escocia! ¡Conde Kircaldy, por Escocia!

Douglas Kircaldy, sin darse cuenta, asintió con lenta cabezada, mientras su daga hundíase en el cerebro del moribundo.



Morton Sanders, cuando la noche tendió un manto de negruras, abandonó el castillo, atravesando el lago. Avanzó a pie hasta aproximarse por entre los setos al prado donde acababa de tener lugar el combate exterminador en el que las plumas verdes habían sido vencidas por las amarillas al mando de Kircaldy.

Se agazapó al oír la sonora voz entrecortada de James Argyll...

—...ngus..., traidor... Vende Escocia a los franceses... Juro que digo verdad...

Morton Sanders no aguardó a oír más. Retrocedió con la misma cautela con la que había avanzado, y poco después pisaba de nuevo el empedrado suelo del patio del castillo.

Congregáronse todos los componentes del Clan Dougherty cuando sonó el cuerno de reunión general.

Encaramado sobre un montón de pieles, Morton Sanders habló:

—El conde Angus me ordena os comunique que ha llegado la hora de la lucha definitiva. El conde Douglas Kircaldy se dispone a traicionarnos. Ha atraído en celada a los valientes condes Erskine y Argyll y se concentra para atacar el castillo cuándo encuentre ocasión propicia. Debemos desbaratar sus planes pérfidos. Han quedado diezmados por el combate reciente. La noche nos favorece. Id a ocupar las lanchas con vuestros caballos. Partiréis por la fachada sur, y daréis un rodeo hasta esconder vuestra presencia en el Bosque Negro. Cuando suenen los cuernos de caza desde las almenas, atacad, que yo, al frente de los míos, habré atacado de frente al conde Kircaldy y los pocos que le quedan. Tú, MacCallum,

dirige á los cincuenta que, contigo atacarán por la espalda al traidor. Los otros, venid conmigo.

La neblina invadía los contornos, y todo eran masas blanquecinas extendiéndose por el lago y sus dominios.

Cuando los cuernos de caza dejaron oír sus lamentos estremecedores, los supervivientes del clan Kirkaldy se vieron atacados por todos lados.

Su triángulo defensivo esta vez no pudo resistir la superioridad numérica de los atacantes. Defendiéronse bravamente, sembrando la muerte...

Duró el combate entre la niebla, pecho a pecho, hombre contra hombre, más de una hora...

Fueron ahora las plumas negras las que, poniendo píe a tierra, remataban los heridos que habían poco antes ostentado la pluma amarilla.

Un herido logró arrastrarse hasta el borde del lago. Entró en las frías aguas y, nadando lentamente, se dirigió hacia el castillo...

Mantenía la cabeza fuera del agua, y entre sus dientes crispados llevaba un papel de recia urdidumbre doblado en cuatro pliegues...

CAPÍTULO SEXTO

Los tres prisioneros

El Pirata Negro, liberadas ya sus muñecas al haber quemado las correas con la llama del candelabro, yacía tendido, con las manos ocultas tras espalda.

Había decidido, apenas entrase un escocés, dejarle aproximarse y entonces apoderarse de sus armas, y abrirse paso hasta lograr dar con el paradero de Angus MacDougherty.

Repugnándole matar a un anciano, por más criminal que éste fuese, había pensado que por su propio instinto vital procuraría amenazarle hasta lograr que el propio Angus, desde el torreón, le condujera al campo libre y llevarlo preso a Londres.

Cuando oyó el cerrejo chirriar, fingió estar dormitando. Oyó. pasos y un sordo ruido de desplome, y sólo entonces, al oír a la vez cerrarse la puerta, abrió los ojos y por un instante quedóse sorprendido.

Era Lady Denver la que había producido el sordo ruido al desplomarse empujada desde la puerta brutalmente.

—Maltratan los escoceses a su futura reina-ironizó Lezama.

Ella levantóse dificultosamente. Sus tobillos también ostentaban las correosas tiras de piel de oveja, así como sus muñecas atadas a la espalda.

Más que sentarse, vino a dejarse caer en el camastro. Su rostro denotaba cierto temor...

—¿Qué os ocurre, milady? ¿Sopla ahora galerna del Sur?

—¡Mi hermano!

—El perfumado galán Barton tiene el buen gusto de continúar en Londres y alejarse de estas tierras poco propicias al discreteo de elegantes cortesanos.

—¡Está aquí!

—A veces ocurre que un hombre experimenta deseos de comportarse noblemente. Indudablemente ha sido ahora el caso y Barton Denver ha venido para salvaros.

—¡Vino a delatarme!

—Ya sabían los escoceses que vos erais Lady Denver.

—Pero él ha revelado qué vos sois…, el pirata español. Y yo acababa de decirle a Morton Sanders que vos erais el irlandés Sir Charles Lazyman y qué no os había conocido hasta el momento presente. Ahora le dirá á Angus que yo me he confabulado…

La puerta abrióse bruscamente y un monje vestido de blanco sayal fué empajado rudamente al interior.

Dando traspiés, Lord Barion Denver, lívido, vino a caer cerca del camastro. Cerróse la puerta.

—Tate… —murmuró el Pirata Negro, siempre tendido y ocultas las manos a la espalda—. Ya estamos todos.

Barton Denver consiguió ponerse en pie, y, tambaleándose, fué a sentarse en un escabel. Había desaparecido en él toda arrogancia.

—Han asesinado a mis tres compañeros-dijo, con voz temblorosa.

—Vos seguís en vida, cosa que reprocho a esos activos escoceses, que, siempre engañando, no se dejan engañar-dijo el Pirata Negro.

—Creen que el vino obsequio de la reina está envenenado… —y Barton Denver relató la suplantación.

—¿Por qué viniste? —inquirió Hermione—. ¿Para cerciorarte de que yo había muerto? ¿Por qué me delataste al delatar la verdadera personalidad de ese pirata?

—Ese pirata-dijo Lezama, sarcásticamente-se considera muy honrado en oír hablar a dos cortesanos honorables. Anda, Barton Denver, ahora te toca el turno a ti.

—Si ella no me hubiese delatado… no habrían dado muerte, a David Fenster, Michael Green y Malcom Tresham.

Frunció Lezama el ceño y su semblante transparentó, más que desprecio, cólera.

—Escuchadme, hermanitos. Hasta ahora, las circunstancias me han impuesto un papel más que pasivo en cuantos acontecimientos han tenido lugar. Pero cesa ya mi pasividad, y no quiero oíros mutuamente en reproches que a nada conducen. Queda

demostrado, y no es preciso que insistáis, que entre vosotros reina un espíritu de total fraternidad amante y cordial. Permaneced ambos en silencio y lo que sea sonará cuando llegue el momento. Os prometo á ambos dos cosas: si logro salir de este castillo no os dejaré aquí dentro. A ti, Barton Denver, porque quiero ajustarte las cuentas por delator, y a ti, milady, porque, mal te pese, quiero apartarte de la neblina escocesa. Y ahora, a lo dicho, herrnanitos. Puntos en bocas, y seamos tres prisioneros resignados con nuestra suerte.

Lord Denver, impresionado por la reciente matanza, había perdido toda su serenidad. Hermione Denver conservaba una esperanza remota, porque sabía que con las manos libres el pirata español podía conseguir alguna probabilidad de defender su existencia.

Y había ya adivinado la especial psicología del que, bajo un lenguaje rudo, ocultaba, en su aparente hurañía, una galante generosidad.

* * *

Surgiendo de las aguas del lago, Douglas Kircaldy avanzó hacia el desierto castillo, abandonado momentáneamente por las huestes del clan Dougherty.

Una prodigiosa fortaleza física permitía al escocés mantenerse en pie y andar, pese a las múltiples heridas que rasgaban sus carnes en hondas brechas.

El agua, chorreando por sus miembros, enrojecía sus deshechas vestiduras. Al atravesar la abierta poterna, secóse sus manos con unas pieles que colgaban, y entonces quitóse de la boca el plano que Argyll había cogido al francés.

Desenvainó la espada al atravesar el patio, pero el silencio imperaba por doquier. Entró en el pasadizo subterráneo, y volvió a envainar ante la puerta del aposento donde él mismo había sido el primero en encerrar a la inglesa.

Extrajo del bolsillo de su chaqueta la llave, y fué una estremecedora figura la que apareció ante los tres prisioneros.

Hirsuto, mezclados en sus pelos y cabello hilillos de sangre, desgarradas las ropas chorreantes de agua enrojecida por las heridas, Douglas Kircaldy avanzó hacia el lecho fijos los ojos en el que creía ser un espía inglés.

El Pirata Negro, ladeado en el camastro, ocultaba tras sus espaldas las manos libres.

Douglas Kircaldy se detuvo, abiertas las piernas en esfuerzo sobrehumano para mantenerse en pie.

Arrojó sobre el pecho del hombre tendido en el lecho, el papel que demostraba la traición de Angus MacDougherty.

—Huye presto, espía-dijo con ronca voz vacilante —. La gente del traidor Angus, al mando de Morton Sanders, ha aniquilado mi clan. Lleva este plano a los de Londres. Que sepan que Angus quiere invadir Inglaterra ayudado por los franceses. Que sepan que yo, Douglas, conde Kircaldy, así como los condes Erskine y Argyll, hemos muerto como independientes escoceses...

Vaciló unos instantes, y, como una torre cuyos cimientos ceden de pronto, se desplomó pesadamente de bruces.

Saltó el Pirata Negro del lecho tras quitarse la correa que flójamente trababa sus tobillos.

Aplicó la, diestra en el corazón del escocés, y comprobó que había cesado de latir.

—¡Bravo salvaje! —dijo, admirativamente—. Supo vivir lo suficiente para serme útil.

Quitó la espada y la daga del cinto del muerto, envainándolas en su cinto. Cogió del lecho el plano, que colocó en su faltriquera, y, levantando en vilo el cuerpo del escocés, lo tendió en el camastro.

Quitóle la boina, que introdujo bajo las sábanas, y con ellas cubrió hasta el cuello el cadáver, que volvió de cara hacia la pared, dando la espalda a la puerta.

Los dos hermanos, mudos testigos de la rápida escena, fueron recuperándose...

—¡Liberadnos! —chilló Barton, levemente histérico.

—Aguantad, hermanos. Somos tres prisioneros, y cuando os llegue el turno de dejar de serlo ya os lo comunicaré. Por el momento, permaneced en Vuestro papel, que yo inspeccionaré los alrededores. ¡Chitón, milady! Dejadme obrar a mi modo, que quiero sacar el máximo partido de la oportuna labor postrera de Douglas Kircaldy.

Dirigióse hacia la puerta y la cerró por fuera, quedándose con la llave.

El pasadizo, iluminado a trechos por las antorchas empotradas

en la, pared, ofrecía alargadas sombras y un tenue rumor murmuraba en el techo abovedado, demostrando la presencia de aguas arriba.

Iba el Pirata Negro a dirigirse hacia el vestíbulo que daba entrada a la escalera de caracol, cuando oyó un murmullo de una voz salmodiando una extraña letanía quejumbrosa.

Cautelosamente anduvo hacia el lugar de donde procedía la voz que parecía entonar un canto fúnebre, y, al final del pasadizo vió una puerta abierta,

Miró al interior y contempló las espaldas de un anciano arrodillado ante un túmulo.

Era un mausoleo, donde, tallado en blanco mármol, veíase un catafalco sobre el que una estatua yacente conservaba entre las nanos de piedra una espada cuya guardia reposaba en el pétreo pecho y la hoja apuntaba hacia los pies calzados de sandalias.

—...perdido. La ambición le ciega. Angus MacDougherty. Deberías abandonar tu tumba, y que tu fantasma diera muerte a Morton Sanders, por que si él sabe engañar a los demás y hacerles creer que tú sigues en vida, conde Angus, no cumple como tú lo hubieses hecho... Mata, extermina, pero con el deseo de quedarse amo y señor.

Quedamente acercóse el Pirata Negro, y leyó la placa de mármol, cuyas inscripciones destellaban acariciadas por la luz de la linterna que el Viejo arrodillado mantenía ante sí.

Era Terence, el criado.

“Yacen aquí los restos moríales de cuantos MacDougherty dieron fama y honor a Escocia. No hallaron reposo en este lugar Ios cuerpos de aquellos que no vivieron con bravura e independencia.”

—...Atrajo a los clanes de Kircaldy, Erskine y Argyll porque, eran los únicos fuertes para oponerse a su deseo de que los franceses invadieran nuestro suelo. Aconséjame, Angus MacDougherty. Sal de tu tumba y dime si debo delatar al clan Dougherty, que es Morton Sanders quien por tu mandato mantuvo secreta tu muerte, substituyéndote. Esperaré a oír tu voz, y si me lo mandas mataré a Morton Sanders, porque la ambición le ha cegado y quiere ser reyezuelo esclavo de los franceses, antes que bravo e independiente escocés.

El Pirata Negro retrocedió, alejándose de la voz quejumbrosa e impresionante en su pueril y supersticiosa invocación a un muerto.

Por el pasadizo, comprendió que era ya inutil visitar el torreón. Bastaría esperar la visita de Morton Sanders, y ante sí tendría al falso Angus MacDougherty.

Oyó voces y cantos aproximándose al castillo, y pisadas de caballos que, abandonando las lanchas, galopaban hacia el patio...

Precipitadamente abrió la puerta del aposento-prisión, y, cerrándola por dentro, quedóse acodado a la pared.

—¡Chitón, hermanos!... Desde aquí diviso tres prisioneros, y eso es lo que ha de ver quien entre.

Quedóse junto al dintel cerrado, en el lugar que la puerta, al abrirse, le ocultaría a la vista de los que entrasen.

Dió juego a la daga y la espada en sus vainas cuando se percibieron pases por el subterráneo,...

La puerta se abrió con violencia. Lady Denver y su hermano quedáronse mirando al que estaba en el umbral. Morton Sanders, con huellas de sangre en sus ropas, permaneció unos instantes contemplando a los "tres" prisioneros.

Tras él varios escoceses, también en desorden las ropas, y mostrando huellas del reciente combate, se apiñaban.

Morton Sanders hizo un ademán, y los que se disponían a entrar tras él quedáronse al exterior en el pasadizo.

Morton Sanders fué cerrando lentamente la puerta Cuando se dió cuenta de lo que sucedía era tarde.

El Pirata Negro acabó de cerrar con las espaldas, mientras su diestra se prolongaba aplicando en la garganta de Morton Sanders la punta de la espada.

Con la zurda maniobró hasta cerrar con su llave.

Fué empujando su espada, y Morton Sanders fué retrocediendo, retrocediendo. hasta quedar acorralado contra el camastro.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Argumentos dialécticos

Morton Sanders sentía en su garganta la picazón de la espada que le obligaba a mantenerse inmóvil. Pero no se consideraba en peligro.

—Con matarme nada resolverás —dijo serenamente.

—Es posible que tengas razón, Morton Sanders-replicó el Pirata Negro —. Pero si te interesa seguir siendo el hombre de toda confianza de Angus MacDougherty, descíñete el cinto y quítate la chaqueta. Tengo que cerciorarme de quo no llevas armas ocultas.

—No quiero obedecerte.

El Pirata Negro avanzó un centímetro, manteniendo rígido el brazo derecho. De la garganta del escocés escapóse un gorgoteo y una mancha roja apareció en la piel, pese a echar hacia atrás la cabeza.

—Piénsalo mejor. Morton Sanders, El próximo empujón cancelará definitivamente esta charla.

Morton Sanders llevóse las manes al cinto.

—Déjalo resbalar sin hacer ruido —advirtió Lezama.

Obedeció Sanders y se quitó la chaqueta. Su torso desnudo era robuste, de maciza carne blanca.

—Siéntate en el lecho, Sanders-ordenó el Pirata Negro —. Supongo que sabes adivinar cuándo un hombre habla decidido a cumplir lo que anuncia. Cualquier grito que des, o cualquier intento, de pelea, será privar al conde Angus de tus excelentes servicios.

Sentóse el escocés, colocando las manos abiertas sobre sus muslos.

—No necesitas recurrir a esta violencia. Sé que eres un pirata

español. Por lo tanto, puedes considerarte libre. Yo sólo hubiese cumplido la orden del conde Angus contra un espía inglés. Al no serlo, quedas libre.

—Tienes un, rabo de zorro entre las armas-dijo Lezama, apartado con el pie hacia atrás el cinto del escocés —, Acercaos, milady.

Lady Denver levantóse y, andando trabajosamente, vino a apoyarse contra el hombro izquierdo del Pirata Negro, quien seguía dirigiendo su espada contra el cuello del escocés.

—¡Liberadme y seremos dos! —exclamó Barton Denver.

—Guardad silencio, que ahora no os necesito por el instante. Inclinaos, milady, y no os costará mucho aplicar vuestras muñecas contra mi daga.

Desenvainó el Pirata Negro la daga sin dejar de vigilar a Morton Sanders. Enderezó la hoja, y, cuando sintió contra ella el contacto de las manos atadas de Hermione Denver, cortó en repetidos roces.

Su espada seguía dirigida contra la garganta del escocés.

—Liberad a vuestro hermano cuando estéis libre vos de las trabas de los tobillos. Él podrá servirme para algo que vos no podéis. Emplead la daga de Sanders.

Lady Denver obedeció, y en silencio el Pirata Negro vigilaba atentamente a Morton Sanders.

Barton Denver, al quedar libre, quitóse el sayal, apareciendo bajo él en mangas de camisa y calzas de seda, con medias del mismo tejido.

Arrebató de manos de su hermana la daga y corrió a quitar de la Vaina caída en el suelo la espada de Sanders.

—Atad lo mejor que sepáis al nuevo prisionero, Denver-dijo el Pirata Negro —. Si intenta escudarse con vos, lo lamentaré...

—No lo lamentaréis —dijo Barton Denver, recuperado ya el dominio de sí mismo-Os aseguro que lo ataré concienzudamente.

Cumplió lo que aseguraba, y con diestra habilidad evitó el peligro que le había advertido el Pirata Negro.

—Ese inglés te delató-dijo Morton Sanders, cuando quedó trabado de pies y manos.

—Lo hizo para favorecerme-dijo burlonamente Lezama —. ¿No me prometiste que, por ser yo pirata, me ibas a dar libertad?

—Así es.

—¿Tú quién eres para prometerme libertad? —preguntó Lezama, con sarcasmo—. ¿No es tu jefe el conde Angus?

—Cuando él sepa que no eres un espía inglés, me dará la orden de liberarte.

—Lo procuraré sin tu ayuda voluntaria, Sanders.

—Podrás matarme, pero no saldrás vivo del castillo.

—Contigo como salvoconducto, la gente del clan MacDougherty me dejará paso libre.

—A ti sólo, sí.

—El inglés me guardará las espaldas, y la inglesa andará delante porque, pudiendo ser reina, prefiere ser mujer libre.

—Tú sólo podrás salir libremente.

—Creo que ahora únicamente soy yo el que puede opinar en, lo que va á suceder.

Envainó el Pirata Negro y señaló por encima de su espalda.

—Hay afuera varios de tus hombres. Puedes, a través de la puerta, gritarles que se vayan. Es tarde en la noche y necesitan descanso. Hazlo tal como te digo. Te lo aconsejo porque el conde Angus, sin tu ayuda, sería igual que un hombre muerto.

Morton Sanders denegó con la cabeza.

—Dadme la daga, milady-pidió el Pirata Negro.

—No me opongo a lo que deseas-dijo Sanders —. Quería tan sólo hacerte saber que si bien puedo hacer lo que pides, no podrás evitar que en el patio los centinelas carguen sobre vosotros.

—¿En tan poco aprecio tienen ellos tu vida?

—No soy más que un “highlander” que cumple los mandatos del conde Angus MacDougherty.

El Pirata Negro arqueó las cejas fingiendo asombro.

—¿Y crees que Angus Mac. Dougherty sacrificaría tu preciosa existencia contra la vida de tres prisioneros sin importancia?

—Si pudiera hablar con él, quizá lograse vuestra libertad.

—Hazlo.

—Acompáñame a su aposentó.

—¿Para qué?

—Para que él determine si debo morir o debéis morir vosotros. Ésta es la alternativa.

—Sería perder el tiempo ir a hablar con el conde Angus. Y, además, me llevarías en dirección equivocada.

—Tu espada en mi cuello y mis palabras, a la gente del clan, te asegurarían la libre llegada al torreón.

—Es que al torreón no tenemos por qué ir.

—Allí es donde vive el conde Angus.

—Vivía... ¿Ves como me querías, llevar a lugar erróneo? El camino para encontrar al conde Angus está en sentido contrario al torreón. Está al final de este pasadizo.

—No-dijo Morton Sanders, como quien corrige una equivocación.

—Yo te afirmo que sí.

—Desconoces la topografía del castillo. El torreón donde reposa enfermo el conde Angus está en lo alto de una escalera de caracol a la derecha del vestíbulo donde me mostraste tu mensaje.

—Insisto en asegurarte que el conde Angus se aloja en un aposento al final de este pasadizo. ¡Bajo la losa de un sepulcro!

Morton Sanders palideció.

—¿De qué sepulcro hablas?

—Del que lleva una lápida con la inscripción de que allí yacen todos los MacDouglierty.

—Angus MacDougherty reposará allí algún día, pero, por el instante, rige los destinos de Escocia.

—Quizá si yo hablase a tus hombres, y les dijese que interrogasen al criado Terence, porque la voz de ultratumba del conde Angus me ha revelado tu secreto..., perderías mucho, Morton Sanders.

De pronto, Lady Denver acercóse al prisionero y su rostro casi tocó el del “highlander”.

—¡Este... este hombre tiene los ojos de MacDougherty!... Pero ¡no es posible!

—Con una máscara y cabellos blancos, milady, se hace de un hombre joven un viejo. Medita, Sanders, si te conviene que yo revele tu secreto... Medita, por otra parte, el mejor procedimiento para conseguir que salgamos nosotros, cuatro con vida de este castillo. Después, cuando ya haya cruzado la frontera inglesa, te dejaré libre de seguir engañando al clan Doughertv.

Morton Sanders crispó los labios y unas venas hincharon su frente.

—Puedes matarme, pirata. Yo no daré un solo paso para

procurar tu salvación.

—Medita, Morton Sanders. Eres joven y Escocia es un hermoso país para los que en él han nacido. Puedes llegar a ser el dueño de esta comarca, ya que has vencido los clanes enemigos que podían hacerte sombra. ¿Vas a perderlo todo por la terquedad de no querer dejar en libertad a tres prisioneros a los que poco les importan tus planes?

—Aunque quisiera, no podría. Lograríamos quizá atravesar el pasadizo, pero en el patio...

—Déjame conducir la maniobra, Sanders. Acércate a la puerta, y despide a los que están en el subterráneo. Diles que tu interrogatorio va a ser largo. Lo que quieras, mientras sea en buen inglés claro. Y si te apetece morir, ahora es la ocasión.

Barton Denver, colocando la espada desnuda bajo su sobaco; demostró el vigor de sus músculos asiendo por los cabellos al escocés y obligándole a ponerse en pie.

—Si lograrnos dejar limpio de estorbos el pasadizo, podremos llegar hasta el patio. En el patio ingeníate para saber si te conviene morir o seguir con vida.

Morton Sanders acercóse a la puerta, empujado por Barton Denver, que lo sostenía casi en vilo.

—¡Retiraos! —gritó—. Aguardadme en el patio.

Se oyeron las pisadas alejarse. Y entonces el Pirata Negro rió suavemente,

—Bien va eso, Morton Sanders...Ahora quedará el paso libre y no será preciso que atravieses el patio. Al final de este pasadizo está el vestíbulo que conduce a la escalera de caracol. Iremos a tu aposento, ingenioso Angus postizo, y qué duda cabe que allí dispones de una salida al exterior... ¿Me engaño? Ya lo comprobaremos.

—Todas las salidas dan al patio, pirata. Podrás comprobarlo. No estoy en condiciones de engañarte. Quieras o no, te tendrás que rendir a Una evidencia. Sólo dejándome libre de darte libertad conseguirás salvar tu vida, Todo lo demás podrá significar mi muerte, pero la tuya también, así como la de estos dos ingleses.

CAPITULO OCTAVO

En pos de la venganza

A favor de las tinieblas de la noche, un velero avanzaba hacia el Loch Firth, la entrada oriental al gran Canal de Glenmore.

En la sala capitana dos hombres sentábanse frente a frente. Uno de ellos era un coloso adolescente. El otro era un cuarentón robusto.

—Tierra escocesa, Youenn Cossec —dijo el cuarentón.

—Donde víve el Angus MacDougherty que dió la orden de asolar nuestra aldea-replicó, ceñudo, el atlético adolescente.

—Pero ya oíste lo que nos dijo el inglés de Calais, que estaba prisionero en la cárcel del rey. Angus MacDougherty tiene su castillo en el lago de Huntly, doce leguas tierra adentro, ocho millas por el canal. Fácil nos será llegar, pero más difícil veo vencerle.

—Arrasaremos su castillo hasta los cimientos.

—Puedes morir, Youenn. Y hombres como tú deben vivir para casarse y tener muchos buenos bretones.

—Angus MacDougherty tiene la culpa de que murieran los viejos y los niños de mi pueblo. Si mi novia me aguarda, es porque el señor español Carlos Lezama la salvó a ella de muerte horrenda[1]. Prometimos matar a Angus para que los pueblos bretones del litoral puedan pescar libremente. Por eso en este velero que el señor español Carlos Lezama capturó al inglés van doscientos bretones pescadores. Y todos ellos nos siguen decididos a no dejar piedra sobre piedra en el castillo del lago de Huntly.

—Tú deberías quedarte a bordo, Youenn, mientras yo con los otros desembarcaría y...

—Calla, Le Barz. No sería hombre si mis manos no contribuyeran a vengar la muerte de los viejos y los niños de mi pueblo.

* * *

El Pirata Negro, al oír el último argumento de Morton Sanders, se encogió de hombros.

—Por mí está ya resuelto de antemano lo que debo hacer. Vine para matarte, suponiendo que fueras Angus MacDougherty. Lo serás como cadáver y con ello lograré la libertad de cuarenta bellacos que gimen bajo cadenas en la Torre de Londres.

Sin ti sabré hallar la salida de este castillo. Vigiladle, Barton Denver, mientras voy a inspeccionar el pasadizo y sus alrededores.

—Si no volvéis, mataré a este hombre-dijo Barton Denver.

—Allá vos.

—Yo no me quedo aquí-dijo Hermione Denver, siguiendo al Pirata Negro, que se disponía a abrir la puerta.

Carlos Lezama interrumpióse en su operación, y se adosó a la puerta, que seguía cerrada.

—¿Por qué deseáis venir conmigo?

—Ño quiero estar a solas con este hombre.

Y ella señaló rencorosamente a su hermano.

—Tened por cierto que él no piensa ahora en sus rencillas particulares, sino en el medio de emplear su espada lo más provechosamente posible en busca de la huida. Y yo no os puedo llevar, hasta que no encuentre salida. Seríais ahora un estorbo que podría hacer fracasar todo nuestro propósito de perder de vista el lago de Huntly.

—Si os atacan, prefiero morir con vos, señor. Os lo suplico. Dejadme, por favor, acompañaros.

—Al fin y al cabo, aquí o allá, seguiréis siendo un estorbo contra el cual no hay remedió. Venid.

El pasadizo estaba desierto. El Pirata Negro, desde la puerta abierta, permaneció unos instantes inspeccionando el camino subterráneo, y, seguido por Hermione Denver, avanzó adhiriéndose a la pared.

Al final del pasadizo, en el vestíbulo que conducía a la escalera de caracol, varios montañeses del clan Dougherty paseábanse por la salida al patio, como si montaran una guardia vigilante.

Resultaba imposible para el Pirata Negro intentar alcanzar la entrada a la escalera, tenía para ello que atravesar el vestíbulo, con lo que indefectiblemente sería visto.

No le preocupaba que aquellos seis hombres le atacasen, sino la alarma que darían a los demás congregados en el patio, en el que comían, dormían y vivían de continuo.

Retrocedió un paso el Pirata Negro, y sus espaldas entraron en contacto con el busto de Hermione Denver, colocada tras él.

Dos de los escoceses acababan de entrar en el vestíbulo.

—Tarda más de la cuenta-dijo uno de ellos.

—Acerquémonos, por si nos tiene que dar alguna orden-replicó el otro, a la vez que hacía una seña a los otros cuatro.

El lugar en que se hallaban el Pirata Negro y la inglesa no estaba iluminado por las antorchas. Era el intersticio del muro del pasadizo con el entrante de la pared del vestíbulo...

Aplicó su índice encima de los labios de Hermione Denver y después, bajando el brazo, con su ademán le indicó que se inmovilizase pegada a. la pared.

Desenvainó, ocultando la hoja tras su espalda para impedir qué cualquier reflejo del acero destellando un resplandor de las lejanas antorchas pudiera alertar a los que ya se acercaban.

Lady Hermione Denver, angustiada, fué contando mentalmente las siluetas que en la penumbra pasaron por delante de ella.

Cinco escoceses... Se dirigieron hacia el final del pasadizo. El Pirata Negro comprobó que en el vestíbulo había quedado uno de ellos.

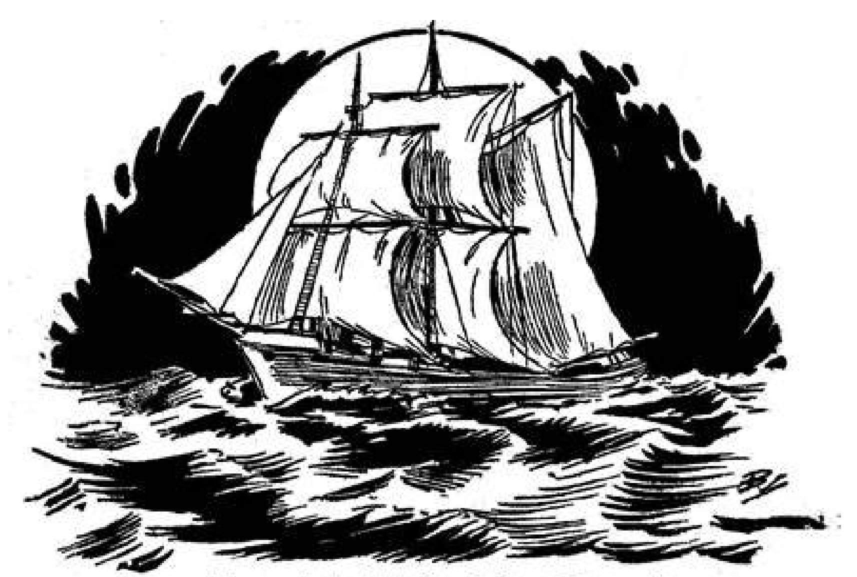
Una presión en su antebrazo le hizo mirar hacia donde la cabeza de la inglesa estaba dirigida.

Uno de los escoceses acababa de empujar la puerta del aposento donde estaban Morton Sanders y Barton Denver...

Y los cinco irrumpían a la vez en el interior.

Corriendo sobre la punta de sus botas, el Pirata Negro llegó ante el umbral del aposento. Entró, cerrando tras él la puerta.

Barton Denver defendíase enérgica y diestramente contra los ataques combinados de los cinco montañeses.



A favor de las tinieblas de la noche un velero...

Uno de ellos, atravesado el pecho de una certera estocada, yacía ya en el suelo. Los otros cuatro cargaban al unísono contra el aristócrata, que demostraba ser un primera espada y vigoroso luchador.

Nada quedaba del afectado elegante en el hombre que con la daga y la espada no sólo detenía las acometidas, sino que, a la vez, lanzaba temibles tajos y mandobles que hacían retroceder a los robustos asaltantes.

—A tiempo llegáis… —dijo Barton Denver, cuya frente perlábase ya de sudor.

Su frase tenía por misión lograr que los cuatro ceñudos adversarios vieran que el que había entrado no era, como ellos creían, uno más del clan Dougherty, sino un refuerzo oportuno.

Pasó el Pirata Negro a un rápido ataque, para evitar que alguno de los escoceses gritase, sembrando la alarma, aunque estuviesen lejos sus compañeros.

La furia de su acometida decidió el combate en un santiamén. Y cuando Barton Denver envainaba, no pudo impedirse de murmurar, contemplando los cuatro cadáveres que hacían compañía al que él mismo había matado:

—Ahora comprendo lo que llamaban la furia española en Amberes.

Morton Sanders, en pie, comentó, rabiosamente:

—No saldréis con vida, por más que lo pretendáis…

El Pirata Negro dirigióse a la puerta, que abrió, y entró Hermione Denver apresuradamente.

Tras ella, esta vez el Pirata Negro cerró cuidadosamente.

Se adosó de espaldas a la puerta.

Barton Denver señaló los cadáveres.

—¿Vestir sus ropas? —inquirió el Pirata Negro, interpretando el mudo gesto del aristócrata—. Hay un inconveniente.

Y señaló al maniatado Morton Sanders.

—Él tiene que venir conmigo-añadió —. Pero vos quedáis libre de marcharos con vuestra hermana, Barton Denver. Ya os buscaré por Londres, porque tengo con vos una cuenta pendiente.

—Que gustosamente quiero dirimir —dijo Barton Denver, inclinándose y empezando a despojar a un muerto de sus ropas.

Hermione Denver acercóse al Pirata Negro.

—¿Qué haréis, señor?

—Vos revestid, como vuestro hermano, ropas de escocés. Podréis a favor de la noche entrar en el patio…

—Hay uno de ellos aguardando en el vestíbulo-dijo ella.

—Yo me cuidaré de darle silenciosa muerte-dijo Denver, continuando en su tarea de despojar al cadáver.

—No quiero irme con él-rebatió Hermione Denver.

—¿Por qué? —preguntó el Pirata Negro—. No hay otra solución. En el patio hallaréis caballos libres. Los cinco que pertenecen a esos escoceses.

Y a la primera ocasión podréis atravesar el lago…

Hermione Denver dramáticamente extendió el brazo señalando a su hermano.

—Le conozco. He visto en sus ojos el fulgor de la muerte. Vino aquí creyendo que yo habría cesado de ser para él un estorbo entre su afán de dilapidación y la herencia que yo administro. No iré con él porque en la montaña me mataría y luego diría que los escoceses fueron los culpables de mi muerte.

Barton Denver cesó en su tarea, amontonando en el suelo las ropas del que había desnudado. Se enderezó mirando malignamente a su hermana.

—Viví muchos años a tu lado, Hermione, y supe refrenar mi

deseo de rezar sobre tu tumba. No me tientes ahora…

Un recio golpe en la puerta interrumpió lo que iba a decir. El Pirata Negro, adosado a la madera que acababa de ser golpeada, señaló a Marión Denver el prisionero.

Y con la misma mano hizo un gesto de avance.

Los golpes aumentaron, esta vez producidos por varios puños. Oyóse una voz amortiguada por el espesor de la puerta:

—¡Morton Sanders!

El interpelado por los del clan, avanzó empujado y sostenido reciamente por el aristócrata. El Pirata Negro dió con la cabeza un leve golpe contra la puerta, que iba siendo sacudida cada vez con nuevo vigor.

—Contesta, Morton Sanders. Diles a tus hombres que se vayan-aconsejó en voz baja, cercano su rostro al del escocés.

—¡Auxi…!

El feroz grito del escocés quedó truncado al aplicarle el inglés un manotazo en la boca, levantando su daga.

El Pirata Negro detuvo el brazo armado de Barton Denver, que se disponía a atravesar la garganta del montañés.

Arreciaron los golpes, y de pronto reinó un absoluto silencio.

—San ido a por un tronco o un ariete con que derribar la puerta —comentó el Pirata Negro.

Desenvainó lentamente sus dos armas.

—Creo que moriremos juntos, señores-y dedicó un leve saludo a Barton Denver y a Morton Sanders.

Al silencio habíale precedida el ruido de los pasos alejándose… Hermione Denver avanzó, colocándose junto al prisionero.

—Defendeos, señores-dijo con energía —. Yo cuidaré del preso.

—Vuestro hermano es un magnificó esgrimidor, y yo me precio de serlo mejor que él, pero ellos son muchos, milady-dijo el Pirata Negro —. Cuando logren derribar la puerta, abandonad toda esperanza… Caerán los más que yo pueda antes de que me tumben, pero vos…

—Con esta daga-y recogió una del suelo ella-me daré muerte —, pero antes mataré a este hombre-y apoyó la punta del acero en la nuca del prisionero.

El Pirata Negro asintió.

—Al menos su muerte tendrá una utilidad. Desalojará la Torre

de Londres de cuarenta bribones...

En la puerta resonó un impacto potente como un cañonazo lejano. Empezaba a funcionar el ariete que los escoceses habían ido a buscar.

El Pirata Negro avanzó un paso y, dando media vuelta, se encaró con la madera que de nuevo volvía a ser sacudida por un feroz golpe.

Barton Denver fué a colocarse a dos pasos alejado del Pirata Negro. También en ambas manos llevaba la espada y la daga...

—Creí que tendría el placer de mataros por delator, muñeco perfumado —dijo el Pirata Negro—. Pero inesperadamente nos está reservado el disgusto de morir juntos.

Otro golpe hizo saltar uno de los goznes de la puerta... Hermione Denver, sin apartar su puñal de la nuca de Morton Sanders, se inclinó a su oído:

—Soy ambiciosa, Morton. Puedo ser tuya... —fué susurrando febrilmente, aplicados sus labios en la oreja del escocés—. ¿Qué debo hacer?

—Matar a esos dos... Corta mis ligaduras-susurró el escocés.

El Pirata Negro miraba hacia la puerta, pero su oído percibió el susurro. Un nuevo golpe hizo saltar otro de los goznes, y la puerta quedó colgando a medias...

Antes de que pudieran aplicar el golpe definitivo que iba a derrumbar la madera y permitirles la entrada al aposento, los escoceses que empuñaban la larga barra de hierro cilindrico la soltaron mirando al unísono hacia el otro extremo del pasadizo...

Un ronco ruido ensordeció los ámbitos... A través de la puerta semidestrozada vió el Pirata Negro como dejaban caer al suelo los escoceses el ariete, y se precipitaban hacia el vestíbulo.

Oíase un estrepitoso rumor de aceros entrechocando, pistoletazos... En el patio se estaba librando un combate...

Saltó el Pirata Negro de costado, porque, alertado por el susurro, vigilaba simultáneamente el pasadizo y lo que a sus espaldas ocurría.

La doble agresión de Morton Sanders, llevando en cada mano una daga, sólo halló una espalda para herir...

Barton Denver, alcanzado certeramente, se desplomó ruidosamente, mientras Morton Sanders, llevado por la misma

ferocidad de su impulso homicida y doble, cayó también al suelo, al fallarle la puñalada que destinaba a la espalda del Pirata Negro.

Quiso enderezarse, pero ya el Pirata Negro, con fuerza, acababa de aplicarle un puntapié en el pecho…

Hermione Denver retrocedió con la inquietud plasmada en su semblante. Llevaba aún en la mano la daga con la que había cortado las ligaduras a Morton Sanders.

Apoyó el Pirata Negro la punta de su espada en el cuello del hombre caído en el suelo…

—¿Qué milagro te desató, Morton Sanders?

—¡Fué inesperado! —gritó Hermione—. No pude impedirlo…

El rumor de la lucha arreciaba por instantes, y los cuernos de caza, que eran los que habían producido el primer ruido alarmante, iban atenuando en sus llamadas…

—Es natural. Vos sois una pobre mujer débil-ironizó el Pirata Negro. —Pero aún queda en la hoja de vuestra daga hilos del cáñamo y la correa con la que Morton Sanders estaba seguro… En fin, Barton Denver, tú no pudiste pensar que tu propia hermana te enviase a esperarla en el otro mundo.

Con ímpetu de cólera avanzó hacia la aristócrata… Pero dominóse, y dando media vuelta, cogió por el cuello al semiaturdido escocés, obligándolo a que se pusiera en pie.

Con la mano que empuñaba la daga le empujó por la espalda.

—Vamos a ver lo que sucede en tus dominios, Angus Mac Dougherty para todos.

De dos puntapiés acabó de derribar la puerta. El pasadizo era ahora en su final el escenario de un cruento combate, donde los escoceses, de espaldas, ofrecían sus últimas resistencias a un grupo de numerosos atacantes…

—¡Youenn Cossec! —gritó alborozado el Pirata Negro, al reconocer la figura hercúlea e inconfundible del coloso bretón, que, al frente de los atacantes, manejaba con las dos manos un hacha…

El hombre que a diestro y siniestro barría sembrando la muerte, nada tenía de común con el tímido adolescente pescador, que enrojecía al balbucir sus declaraciones de amor a Cate, allá en la pequeña aldea del litoral francés.

Procedente del patio una luz rojiza invadía el vestíbulo, aumentando por instantes. El incendio devoraba los muros del

castillo de Huntly, y se cumplía lo que Youenn Cossec había decidido: arrasar hasta sus cimientos la morada de Angus el Tenebroso.

El Pirata Negro levantó la mano armada de la daga, y con la empuñadura propinó un puñetazo en la nuca de Morton Sanders.

Cuando éste cayó, colocóle encima del pecho la suela de su bota. Con ello quería evitar que, llevados del ardor combativo, los que estaban ahora terminando de exterminar a los últimos pertenecientes al clan Dougherty, matasen a Morton Sanders.

Hermione Denver, sabiéndose vigilada por el Pirata Negro, permanecía en el interior del aposento, poseída de una inquietud que no 1a abandonaba desde que por vez primera él la había mirado con hondo desprecio tras repeler la traidora agresión del escocés.

Youenn Cossec y Henri Le Barz llenos de pasmo, al terminarse la lucha que habían sostenido con los del clan Doguherty, reconocieron al que esperaba en el pasadizo con el pie encima de un desvanecido escocés. Era el hombre que había salvado sus vidas y las de sus mujeres, allá en la aldea bretona.

El incendio arreciaba, y ya los restantes bretones iban abandonando el castillo, entrando en las lanchas planas que debían conducirles a tierra firme atravesando el lago.

Youenn Cossec y Henri Le Barz, después de explicar que habían anclado el velero corsario en aguas del Firth Loch, partiéron conduciendo al que el Pirata Negro designó como “prisionero especial”.

Carlos Lezama iba tras ellos en medio de las llamas que encuadraban el castillo… Atravesó la poterna, y sólo entonces pareció darse cuenta de la presencia de Hermione Denver…

—No podéis dejarme sola… —empezó ella a decir.

—Allí dentro arde tu hermano, muerto, porque tu ambición te hizo olvidar que eras inglesa. Quiero olvidar que existen temperamentos como el tuyo, sinuosos y traidores, Milady. Nunca te conocí y siempre pensaré que entre aquellas llamas pereció también Lady Hermione Denver.

Entró en la lancha donde ya aguardaban Youenn Cossec y Henri Le Barz custodiando a Morton Sanders. Poco después, desde el otro lado del lago, vió por última vez la silueta de Hermione Denver,

desmelenada y mirando como alucinada la gigantesca hoguera en que se había convertido el castillo donde pensó ser reina de Escocia.

Amanecía cuando los bretones llegaron al paraje donde estaba anclado el velero.

En cubierta Youenn Cossec sonrió puerilmente, aplacada ya su vesania exterminadora. Volvía a ser el adolescente pescador.

—Tuyo es el barco, señor Lezama. Tú mandas, en él.

—¿Cuál era vuestro propósito?

—Arrasar hasta los cimientos el castillo de Angus Mac Doguherty. Lo cumplimos y queda satisfecho nuestro deseo de venganza.

—¿Después, qué pensabais hacer?

—Colgar del palo mayor a Angus y dejar el velero a la deriva en las bocas del Támesis. Nosotros pensábamos regresar a nuestra aldea con las lanchas de a bordo.

Instantes después, navegando ya el velero por mar abierta hacia el sur, Morton Sanders, en mangas de camisa y atadas las manos a la espalda, oía la sentencia que el Pirata Negro iba pronunciando lentamente:

—Muerto o vivo vine a buscarte, Angus Mac Dougherty. Esos hombres que te rodean han perdido seres queridos, asesinados por tus órdenes. Han dictaminado que cuelgue tu cuerpo del palo mayor de tu propio barco corsario, y, a la deriva, entrará conduciéndote por el támesis. Así morirá el que pudiendo ser un montañés quiso ser el Tenebroso Angus.

Entre las brumas del horizonte y cercanas ya las costas del Támesis, el velero se puso al pairo, y los bretones fueron abandonándolo en las lanchas.

Todas las lonas del barco fueron quitadas para dar impulso a las lanchas, en las que todos los bretones disponíanse a regresar a sus hogares.

Los últimos en abandonar el velero que ya a la deriva aproximábase atraído por el ancho río fueron Henri Le Barz y Youenn Cossec.

Del palo mayor colgaba Morton Sanders. En su pecho, pendiente de su cuello, un cartelón rezaba:

“Angus el Tenebroso, señor feudal de Glenmore. Le di muerte, yo,

”**El Pirata Negro**.”

El velero, desnudos tras aparejos, remontaba lentamente el curso del río, rozando su casco con el muro izquierdo del Támesis.

Cuando chocó con una gabarra, inmovilizándose, el Pirata Negro saltó a tierra, y a favor de la noche, pasó desapercibido, pudiendo contemplar cómo la cubierta del desierto velero iba siendo invadida por toda clase de marineros curiosos.

Media hora después llegaba ante el domicilio de Harley-Oxford. Iba a reclamar del político el cumplimiento de su promesa: la libertad del “Aquilón” y sus tripulantes.

Se detuvo extrañado al ver que ante la puerta había un grupo de viandantes que miraban hacia las ventanas de las que pendían flotantes crespones negros.

—...triste fatalidad-decía uno de ellos.

—Tan joven y siendo como era una promesa de gran político-comentaba otro.

Acercóse el Pirata Negro, disimulando su ansiedad.

—Perdonadme, caballeros. Soy forastero y tengo entendido que aquí reside el señor Harley-Oxford.

—Residía, caballero. Ayer fué enterrado. Murió de fiebre tifoidea.

CAPÍTULO NOVENO

Un juicio accidentado

En la gran sala del Old Bailey, residencia del Tribunal Marítimo, reinaba una inusitada actividad. Aquella estancia había presenciado muchos juicios ruidosos, donde los magistrados tenían que entender y dictaminar sobre los casos de motín, rebelión y piratería.

Pero nunca en e1 largo historial del Tribunal de Old Bailey habíase dado el caso que motivaba la temprana actividad con que se disponían los preparativos para juzgar a cuarenta piratas españoles apresados con su barco en aguas cercanas al Támesis.

Iba a ser audiencia pública, como las normales, pero estaban tomándose precauciones extraordinarias, porque las autoridades habían meditado que muy posiblemente aquellos cuarenta piratas, además de ser conspiradores atrevidos, que era el delito por el que principalmente se les iba a juzgar, debían tener y contar con ayuda exterior.

Armados de partesanas, largas lanzas rematadas en doble semiluna afilada, treinta soldados fueron esparciéndose por la sala, ocupando muy anticipadamente sus 1ugares.

Diez extendidos a uno y otro lado de la gran puerta, otros diez ocupando las paredes laterales, cinco tras el estrado donde el Tribunal tomaría asiento, y otros cinco a ambos lados de la galería donde permanecerían los acusados.

Los ujieres, una vez que los soldados estuvieron en sus sitios, fueron desparramándose en los que a ellos les pertenecían. Empezó a acudir el gentío que iba a abarrotar los banquillos destinados al público.

A las diez de la mañana, guardianes de la Torre de Londres, armados de espada y mosquetón entraron en la sala. Su llegada fué

acogida con un Silencio repentino.

Largas cadenas trababan entre sí los brazos de cada uno de los acusados, y manteníanlos eslabonados cuerpo a cuerpo. Desfilaron los cuarenta tripulantes del “Aquilón” por entre la barrera humana de los guardianes de la Torre de Londres.

Al frente da ellos, libre de la unión con los demás, pero también encadenados los brazos, iba un sujeto de esqueléticas piernas y ancho tórax atlético.

Tenía un rostro procaz, de larga nariz caballuna y renegrecidos dientes.

Mientras los demás, conducidos por los guardianes, eran obligados a quedar en pie en la galería de acusados; el que estaba al frente de ellos quedó separado, y entró, empujado por dos guardianes, en un pequeño estrado circular que daba frente al estrado del Tribunal.

Aquel especial “privilegio” debíase a que por espontánea declaración se había confesado jefe del velero capturado. Aclarando que era el jefe por ausencia del capitán de la nave.

Precedidos por los maceras y tras los golpes de lanza de rigor con el regate martilleando solemnemente en el suelo, entraron en la sala los magistrados que componían el Tribunal.

Vestían ropajes negros, amplios, con coleto blanco, y monumentales pelucas cubrían sus cabellos. Sentáronse tras la mesa recubierta de negro terciopelo, y el público sentóse entonces.

Iba a empezar el juicio. Entre el público había un espectador cuyo rostro de horrenda fealdad, hirsuto y surcado de cicatrices, no inspiraba demasiados recelos a sus vecinos, por qué le conceptuaban un lobo de mar curtido en mil batallas para mayor gloria de Inglaterra…

Los acusados le habían reconocido: tratábase de “Cien Chirlos”, el primer lugarteniente del “Aquilón”. Pero no lo demostraron…

El presidente del Tribunal, tras dar un leve golpe con el martillo por pura fórmula, reclamando un silencio que ya existía, especificó que habíase requerido el servicio de un intérprete para llevar a cabo el interrogatorio de los acusados españoles.

Y el intérprete vino a colocarse Junto al estrado circular en el que el principal acusado se erguía. Tradujo fielmente las palabras del presidente y a continuación, por su intermedio, se entabló el

interrogatorio, seguido con avidez por los acusados.

—Declara tu nombre y condición —dijo el intérprete.

—Curro Montoya, natural de Chiclana, pirata-replicó el andaluz con soberbia —. Más conocido por “Piernas Largas”, porque las tengo de buen tamaño.

—Declara el motivo de tu expedición a tierra inglesa.

—A cambiar de aires.

—El Tribunal te acusa de intento de conspiración.

—Mucho plato es eso para mi paladar, compadre. Tanto yo como aquellos buenos mozos nada tenemos da conspiradores, por la sencilla razón de que para conspirar hay que ser inteligentes, y nosotros no lo somos.

—Pregunta el Tribunal que a sueldo de qué potencia intentabais llevar a cabo acciones punibles.

—Estábamos de paso-dijo el andaluz guiñando un ojo a sus compañeros que le escuchaban religiosamente. —La mala suerte quiso que la niebla no nos dejara ver las fragatas. Por eso estamos aquí. Pero en cuanto a lo de conspirar quítales eso de la cabeza a los pelucones, compadre, que chapurreas muy bien el español y tienes cara de listo.

—El Tribunal recibió declaración de quienes afirman vieron desembarcar de vuestro velero dos hombres cuyo paradero se ignora.

—En efecto. Desembarcamos a dos. Uno era el caballero jefe. Otro, un excelente compañero de oficio, un tal “Cien Chirlos”, que si me pudiera oír, sabría que estoy por primera. vez en mi vida muy avergonzado de que por mi culpa y de la maldita niebla el “Aquilón” esté preso..

—¿Qué misión traían los dos que desembarcaron y cuyo paradero se ignora?

—Pues yo también lo ignoro, compadre.

—ElTribunal te amonesta, advirtiendote que serás sometido a tormento ni no hablas.

—¡Digo! ¿Pues y qué estoy haciendo si no hablar, alma mía?

—Informa al Tribunal de la misión que llevaba tu jefe.

—Mi jefe nunca se rebaja a explicar lo que piensa hacer. Pero no era conspiración, sino asunto de faldas, lo que le hizo desembarcar.

—El Tribunal quiere saber el nombre de tu jefe.

—No tiene nombre. Es nuestro jefe. Y si pudiera oírme, públicamente declaro que no merezco ni soy digno de nombrarle ni tan siquiera, ya que no supe defender el barco cuyo mando me confió.

El intérprete sostuvo un breve diálogo con el presidente, replicando a varias preguntas. Por fin, dirigió la palabra al andaluz:

—Tú y los demás acusados seréis sometidos a tormento hasta que confeséis a sueldo de quién os prestasteis, cuáles eran vuestras intenciones, qué misión llevaba vuestro jefe... Después seréis colgados por piratas.

—¡Vaya panorama! —masculló "Piernas Largas"—. ¿Lo habéis oído, amigos? No nos aprenden nada nuevo, y a fe mía que por mí quiero ya verme colgado. Al menos reventaré sin verme ante mi jefe...

—¡Vana esperanza!

La exclamación procedía de la puerta. Todos los piratas al unísono giraron las cabezas mirando temerosamente al que acababa de lanzar su exclamación.

Entre el público brotaron distintos comentarios. El Presidente dió varios martillazos, y dos ujieres fueron a colocarse ante el que avanzaba hacia el estrado.

El Pirata Negro apartó a los dos ujieres...

—Solicito ser oído, señores del Tribunal-dijo en inglés.

—¡Detened a este inoportuno! —gritó el Presidente.

—Tenéis la obligación de escucharme, señores del Tribunal.

—¿En calidad de qué?

—De testigo principal, que aportará cuantos detalles solicitéis referentes a esta causa.

El Presidente hizo una señal deteniendo el avance de los soldados que se dirigían hacia el Pirata Negro.

"Piernas Largas", abatida la cabeza, evitaba mirar al que de espaldas a él daba frente al Tribunal.

Los demás piratas ostentaban en sus semblantes una expresión de júbilo. No sabían cómo, pero tenían la convicción de que no morirían en el cadalso londinense, y que "él" les salvaría...

—Conozco la ley, Señores del Tribunal, —siguió diciendo el Pirata Negro-que me autoriza a declarar como testigo sin ser importunado antes de pasar a ser acusado.

Volvióse señalando con desdén al afligido andaluz.

—Este hombre usurpa mi sitio. Pido al Tribunal que lo haga pasar al lugar donde se hallan los demás.

—Con mucho brío y autoridad estáis hablando, caballero-dijo acremente el magistrado que presidía. —¿Quién sois?

—El hombre cuyo paradero confesabais ignorar.

—¿Eh?

—Presumo de hablar el inglés con bastante claridad, señor. Digo que yo soy el jefe de esa turba de imbéciles bellacos.

Aquella declaración provocó en la sala comentarios excitados. El Presidente repicó reciamente con su martillo, mientras los soldados acercábanse al recién llegado.

—¡Orden, orden en la sala! —chilló el ujier principal, atendiendo a la reglamentación que le autorizaba a acudir con su voz en auxilio de los martillazos.



Solicito ser oído, señores del Tribunal...

—¡Orden, orden en la sala!

—Eso es. Orden y silencio-comentó el Pirata Negro. —A ver si nos podemos entender o no.

Su desfachatez habitual, produjo una satisfecha hilaridad en sus hombres. Sólo "Piernas Largas", sentíase dominado por la cólera. No

sólo se consideraba culpable de la captura del “Aquilón” por las fragatas inglesas, sino que ahora sentíase también culpable de que “él” viniera a entregase, para compartir la suerte de los hombres que había mandado siempre.

Obedeciendo las impacientes órdenes del Presidente, los guardianes empujaron a “Piernas Largas” fuera del estrado circular, llevándolo a la galería junto a los demás.

El Pirata Negro dio un manotazo en e1 brazo del ujier que pretendía asirle para hacerle entrar en el espacio abandonado por el andaluz.

—Ando solo, amigo. Y solo vine —dijo el Pirata Negro subiendo los dos escalones del pequeño estrado. Se apoyó en el reborde...

—Declinad vuestra personalidad —invitó el Presidente ateniéndose a la ley que le obligaba a considerar como testigo al acusado que voluntariamente se presentase ante el Tribunal.

—Carlos Lezama, español panameño, capitán del “Aquilón”. Apodado el Pirata Negro en el Caribe.

El Presidente atendió a las palabras que al oído le estaba diciendo otro de los magistrados. Bajo las pelucas, los rostros relucían congestionados de excitación...

El Presidente apuntó con un índice amenazador hacia el Pirata Negro.

—¿Tuvisteis últimamente contacto con un señor de la nobleza escocesa llamadoAngus Mac Dougherty?

Ya lo creo. Varios contactos de dominio alterno. Fui a visitarle en su castillo del lago de Huntly, allá en Glenmore. Fui el último en salir del castillo que es ahora una masa de cenizas. Fué arrasado hasta los cimientos.

El Presidente miró con evidente perplejidad al que hablaba.

—Este Tribunal no acierta a comprender vuestras declaraciones.

—¿Carecen de claridad? ¿No entendéis mi forma de hablar el expresivo idioma británico?

—Ostentáis una impúdica actitud de bravata incomprensible. Sois por ahora testigo, pero si a lo largo de vuestras declaraciones queda patente que sois el jefe do los acusados, pasaréis encarcelado a la Torre de Londres, donde seréis colgado por conspirador y pirata.

—Antes de acusarme, demostremos en qué fundamentos os

apoyáis para tildarme de conspirador.

—¿Reconocéis ser el apodado Pirata Negro?

—Ya os lo dije.

—Según un cartel que colgaba del cuello de un hombre ahorcado (cartel que consta en poder del Almirantazgo) hombre ahorcado que fué hallado en un velero inglés a la deriva... Angus Mac Dougherty halló muerte a vuestras manos, ya que reconocéis ser el Pirata Negro.

—Sí. Yo di la orden de que fuera ahorcado.

El Presidente intercambió miradas con los demás componentes del Tribunal. Miradas que demostraban claramente su estupor.

—Procedamos por orden. Pisasteis suelo inglés, desembarcando de vuestro velero en compañía de otro hombre...

—Ese otro hombre se estará quieto donde está ahora-dijo el Pirata Negro alzando la voz. —Cierto es que desembarqué, pero no para conspirar ni con ninguna finalidad contraria a los intereses de la nación inglesa, ni a sueldo de nadie, porque yo me pago y de nadie admito órdenes ni salarios.

—¿Para qué desenbarcasteis alevosamente?

—No jubo alevosía. Lo hice amparándome en la noche y sin hacerme anunciar, porque por pirata no esperaba hallar una cordial acogida, entre los habitantes de Londres.

—¿Cuál era vuestro motivo?

—El velero que a la deriva fué encontrado anoche en el Támesis, y el cartel que colgaba del cuello de Augus Mac Dougherty, son suficientemente explícitos.

—¿Confesáis pues que por personal impulso vinisteis a matar a un señor de la nobleza escocesa?

—Confieso... y lo dejé confesado por escrito.

—¿Por qué os habéis presentado espontáneamente? No por ello os salvaréis de la horca. Ni tampoco salvaréis a los demás.

—¿Esos? —y el Pirata Negro miró hacia los que estaban encadenados en la galería.— ¡Bah! Si tuvieran tantos cuellos como veces son bellacos estúpidos, tantas veces merecerían ser ahorcados. He venido para poner en claro que es falsa la principal acusación que contra ellos y contra mí este Tribunal presenta. Nunca fuínos conspiradores, porque detestamos la política, y siempre declaramos en voz alta que enarbolamos pabellón libe.

—Seréis sometidos a tormento hasta que confeséis el verdadero y secreto motivo de vuestra entrada en Londres.

—Creo que no habrá tormento, señores del Triibunal.

Uno de los magistrados, tras pedir permiso al Presidente, adoptó un tono sarcástico para preguntar:

—¿El testigo pretenda intimidar a esta corte?

—¿Vos os sentís intimidado, señor? —preguntó a su vez Lezama.

—No estáis al frente de un ejército. No hay pues posibilidad de que la furia española actúe aquí.

—La furia española se manifiesta de varias maneras. Ciega y combativa en los campos de batalla, señor. Muy abiertos los ojos y diplomática en las lides políticas.

—No hay aquí lid política alguna, pirata-intervino el Presidente.

—Me complace poderos demostrar que también hora incurrís en un error, señor Presidente. Examinadme el perfil. ¿Tengo acaso la faz de asno? ¿Creéis que vine aquí para acompañar en la horca a estos bellacos? Poco aprecio le tengo a la vida, pero por encima de todo tengo un amor, y un capricho. Mi amor es mi barco, mi capricho el que si ha de hundirse sea por mi mano o en combate, no en aguas de un río inglés y prisionero.

—Deponed vuestra arrogancia y entregad la espada al ujier. Pasáis de testigo a ser acusado.

—Un instante. Solicito audiencia privada e invoco la presencia de un testigo de gran personalidad.

—Este tribunal lo que decreta es lo que debe hacerse, insolente pirata español.

—Bien. Entonces proclamaré en alta voz secretos de Estado que no deben ser divulgados. Invoco la presencia de lord Bolingbrooke.

La mención del hombre del que por el fallecimiento reciente de Harley Oxford, era ahora el jefe único del partido en el gobierno, provocó un acrecentamiento de estupor en los magistrados y en el público.

El Presidente, dominándose, gritó:

—¡Aprehended a ese pirata!

Carlos Lezama desenvainó su espada y su daga... Varios soldados se abalanzaron... De entre el público, un robusto sujeto salió trompicando y derribando varias sillas ocupadas...

El Presidente martilleó con encono... “Cien Chirlos”, espada en

mano, corría hacia el estrado donde el Pirata Negro acababa de subir de un salto...

Los piratas gritaban, agitando sus cadenas. Los guardianes tenían trabajo para a duras penas lograr inmovilizarles...

El tumulto cesó como por encanto, inmovilizándose los soldados en respetuosa actitud, cuando en la puerta un ujier gritó:

—¡Paso a Lord Bolingbrooke!

El Pirata Negro, junto a "Cien Chirlos", sonreía con fiera expresión.

Lord Bolingbrooke, ceremoniosamente, avanzó escoltado por su guardia personal de espadachines.

Correspondió brevemente a las reverencias de los magistrados en pie.

—Ruego al dignísimo Tribunal, haga desalojar la sala del público.

Vino a colocarse a la par que hablaba, delante del Pirata Negro, encarándose con él.

—Os ruego envainéis, señor. Me invocasteis como testigo y aquí estoy. Recibí vuestra nota escrita hace unos instantes.

Los soldados procedían a empujar a los espectadores, que a regañadientes iban abandonando la sala.

El Pirata Negro, imitado por "Cien Chirlos" envainó, cruzándose de brazos.

—Tened a bien, señor-dijo lord Bolingbrooke, dirigiéndose al Presidente-ordenar a los guardianes que vuelvan a acompañar a todos los presos a la Torre. Este hombre que os acompaña, señor-añadió dirigiéndose al Pirata Negro-debería también salir.

—No entiende una palabra de inglés. Cuánto yo diga, será también un secreto para sus oídos.

Estupefacto el Presidente, transmitía las órdenes del único hombre que revestido de plenos poderes los tenía para disolver reuniones y actos como el que se verificaba en Old Bailey.

Retransmitió también la orden de que todos los soldados, así como los ujieres y los propios espadachines, fueran a congregarse al fondo de la sala, alejados del estrado.

Sólo entonces tendió lord Bolingbrook un sobre abierto al Presidente del Tribunal.

—Leedlo, señor. Id pasando esta misiva a los demás caballeros

que comparten con vos este Tribunal.

El Presidente sólo movía los labios, mientras leía:

> “A lord Bolingbrooke.
>
> Por la muerte de Harley-Oxford, queda incumplida una promesa. Yo cumplí la mía. Angus Mac Dougherty ha dejado de ser un peligro para Inglaterra. Pero la vida de cuarenta y dos bellacos piratas, entre los que me incluyo, y la libertad de un velero, no cuentan ni nada valen cuando en juego están los destinos de Inglaterra. Acudid como testigo a Old Bailey donde vamos a ser juzgados. Pido la libertad de mi velero y la de mis hombres a cambio de una revelación que si sigue siendo un secreto puede poner en grave trance a la nación inglesa.
>
> Carlos Lezama,
> el Pirata Negro”.

Lord Bolingbrooke volvió a coger el mensaje que le tendía el último magistrado al terminar de leerlo.

—Señores, —empezó a decir con voz engolada.— Es mi deber informarles que fui testigo de una oferta inusitada que Harley-Oxford hizo a este aventurero español. A cambio de su vida dando muerte a Angus Mac Dougherty, le ofreció privadamente la libertad de todos los suyos y la entrega del velero capturado.

Tosió gravemente el noble, y le imitó el presidente.

—¿Deseáis decirme algo, señor? —preguntó al Presidente.

—Una promesa privada cesa de tener fuerza de cumplimiento, al fallecer quien la hizo, milord.

—Esa es mi personal opinión también. ¿Vos qué decís?

El Pirata Negro asintió.

—Tenéis razón, caballeros. Por eso mismo no vengo a invocar la promesa de un caballero cuyo honor no puede quedar en entredicho, ya que la muerte fue quien le privó de cumplir lo que me prometió. Paz a la memoria de Harley-Oxford. Y ahora hablemos entre nosotros, los que estamos vivos. Olvidemos a Angus. Olvidemos quien soy. Olvidad que sois jueces puritanos y cumplidores de un deber que reconozco muy lógico y muy legal,

cual es enviarme a mí y a mis hombres al cadalso, y tengamos tan sólo presente los intereses de cada una de las dos partes litigantes; Por un lado, yo que deseo hacerme a la mar con mi velero y mi tripulación intacta. Por otro, Inglaterra en peso, representada por lord Bolingbrooke y las honorables señorías del Tribunal.

E1 Pirata Negro se tocó el pecho, con ademán jactancioso.

—Aquí dentro están las palabras que pueden poner en vuestro poder pruebas contundentes de una conspiración. Esa es mi mercancía. La que quiero trocar por mi velero y mis hombres.

—Ardid sin fundamento sólido —dijo el Presidente— que a nada os ha de conducir, pirata.

—Suponed que yo puedo demostrar que Francia se dispone a mandar barcos pertrechados a distintos lugares de Escocia. Suponed que puedo señalar los sitios y fechas en que han dé llegar dichos barcos. Suponed que puedo indicar las intencionas que llevan de invadir el norte de la isla, contando con la complicidad de escoceses. Prueba de mi buena fe es que eliminé por una providencial ayuda, a todos los escoceses que podían ayudar a esa traición asestando puñalada por la espalda a sus aliados. Debo declarar en honor a la verdad que sólo había un traidor. El que yo colgué de su propio barco. Los demás, el conde Argyll, el conde Erskine y el conde Kircaldy, perecieron por oponerse a que Escocia secundara los planes del que no era tan siquiera el conde Mac Dougherly ya que el ahorcado era un impostor, Un montañés mercenario llamado Morton Sanders. Puedo ahora revelarlo, ya que sé que lo que me resta por decir es de tal importancia, que lo que la muerte le impidió cumplir a Harley-Oxford, os hará a vuesas señorías, acceder a lo que deseo. Vía libre a mi velero y a mis hombres.

—Cuanto habéis dicho hasta ahora, no os da fuerza alguna, señor —dijo lord Bolingbrooke gravemente—. El tormento os puede arrancar lo que sabéis.

—Gustosamente os dejo que déis la orden de que el verdugo se las entienda conmigo —y el Pirata Negro se desciñó el cinto tirando al suelo su espada y su daga.— Si es capaz de arrancarme una sola palabra de las que guardo para mí, ni soy pirata, ni soy español, ni soy hombre.

Lord Bolingbrookc miró hacia el suelo donde estaban las armas

envainadas. Miró después a los magistrados…

—Tenemos noticias de los planes franceses, señor. De nada vale vuestro secreto.

—Francia sabe que Inglaterra sabe. Inglaterra sabe que Francia sabe. Pero ni unos ni otros han dejado nunca pruebas escritas. ¿Qué haríais con un documento escrito de puño y letra de un prohombre francés, demostrando que Francia conspira contra Inglaterra?

—Si tal documento existiera, solicitaríamos inmediatamente la destitución del prohombre… después de hundir los barcos que intentaran entrar fraudulentamente en aguas escocesas. ¿Dónde tenéis tal documento?

—No me miréis la ropa, Milord. He reconocido ser pirata. ¿Creéis acaso que iba a cometer la torpeza de venir con el plano encima? Un fiel servidor mío lo tiene. ¿Os fiais de mí, señores?

—No-dijo secamente el presidente.

—Yo tampoco fío de vosotros-dijo sonriente el Pirata Negro-En vista, pues, de que no llegamos a un acuerdo, podéis ordenar que me lleven a la Torre de Londres.

Lord Bolingbrooke alzó la diestra.

—¿Juráis poseer un plano detallado de una invasión por Escocia de barcos franceses, plano dibujado y escrito por letra reconocible de un político francés importante?

—Doy mi palabra de hombre de que existe tal plano, y de que lo entregaré cuando mi velero surque mar libre con su tripulación entera.

—Sugerid el medio de que ninguna de las parles contratantes pueda engañar a la otra —dijo austeramente lord, Bolingbrooke.

—La media milla marina. Conoceréis la costumbre, señores del Tribunal, porque antaño fuisteis hombres de mar. Cuando el fiel Servidor que antes cité sepa que de la Torre de Londres han salido, mis cuarenta y un borricos, y que navegan en el velero vía arriba del Támesis, él traerá el plano a la lancha que a media milla del “Aquilón” y de la fragata inglesa que me lleve hasta el paraje convenido, tenga por pasajeros mi persona y el emisario que vos designéis, Milord.

Lord Bolingbrooke guardó silencio, pensativo.

—Si no os place el trato, que vuestro verdugo se las entienda conmigo, señores —siguió diciendo el Pirata Negro—. Pensad tan

sólo que un rebaño de piratas españoles nada puede significar en los destinos de Inglaterra. En cambio, un plano escrito por… el que yo me sé, que permitirá hacer destituir a un enemigo de Inglaterra, es un tesoro que reafirmará la posición del partido que está actualmente en el Gobierno.

Lord Bolingbrooke entrecerró los párpados mientras replicaba lentamente:

—Los intereses del Estado deben anteponerse a toda consideración moral. Queda aceptado el trato. Vos Tendréis conmigo a bordo de la fragata inglesa. Emplead a este hombre-y designó a “Cien Chirlos”, que maldecía íntimamente no comprender el inglés-como mensajero a bordo de vuestro velero. Al menor síntoma, de intento de huida, la fragata cañoneará y vos seréis muerto.

—Vos queréis el plano y no quiero cañoneos de fragatas. Que se acerque el interprete para que oiga lo que le digo a mi segundo.

—Yo lo entiendo perfectamente —dijo uno de los magistrados—. Guerreé lo suficientemente con españoles.

—Oye, guapetón-dijo el Pirata Negro, asiendo por el hombro a su lugarteniente —: irás a bordo del “Aquilón”. Cuando todos estén en él, zarparéis. Yo os seguiré en un barco inglés, y en alta mar vendré a cubierta. No intentéis lucha ni escape si no os lo ordeno. Llévate mis armas. De nada me servirían a bordo de un barco inglés.

Inclinóse “Cien Chirlos” para recoger el cinto. Uno de los magistrados hizo un gesto señalando el cinto.

El Pirata Negro rió estentóreamente.

—Dáselo a este caballero, guapetón. Dale a él el cinto.

El magistrado recogió el cuero-tahalí del que pendían las vainas, enfundando las armas.

—Desmenuzad el cuero, desmontad las guardas, comprobad las hojas por si están huecas. Si encontráis el plano, me lo como. ¿No me acusasteis de pirata? No iba, pues, a ser tan infantil como para ingeniar treta tan mísera.

El antiguo marino inglés, en silencio, fué rasgando con la daga el cuero. Golpeó las hojas, y por fin desistió…

—Bien está la desconfianza, señores. Por eso he propuesto la media milla marina. De pirata a gentes honradas, hay contagio. Los

honorables pueden volverse piratas, y los piratas se comportan honorablemente, y por eso las más de las veces salen perdiendo.

* * *

A media tarde una fragata inglesa arrió la mitad de sus velas, mientras un velero a poca distancia efectuaba la misma operación.

Del costado de la fragata partió una lancha en la que iban Lord Belingbrooke y el Pirata Negro sin armas.

—Confío en vos, señor-dijo el inglés escuetamente —. Porque Harley-Oxford confió en vos y conocía a los hombres, ¿ha de tardar mucho el hombre que traerá el plano?

La lancha, impulsada por cuatro remeros británicos, quedó detenida a una señal del político.

—¿Tengo vuestra palabra de honor que al estar en poder del plano podré irme sin combate en mi velero? —La tenéis. Y no lo pongáis en duda.

El Pirata Negro se levantó.

—Entonces, Milord, me despido de vos. A nado podré alcanzar mi velero.

—Pero... el plano...

—Vos lo tenéis.

—No os suponía capaz de treta que...

—No hay treta, Milord. El sobre que os envié me costó unas horas de trabajo. Parece pergamino, ¿no es así? Entre las dos hojas que lo componen está el plano. Más seguro que en vuestras manos, en ningunas.

Lord Bolingbrooke, automáticamente, extrajo de su casaca el sobre conteniendo el mensaje que le había enviado el Pirata Negro. Lo fué abriendo con cuidado rasgando los extremos. Vió la triple hoja de que se componía...

Poco después ojeaba el plano laborado por Monsieur Tully, con mi sello y firma.

Arqueó las cejas y poniéndose en pie, hizo una leve reverencia.

—Señor: a quien me hable de la furia española, diré que la reconozco, pero que también debería citarse la astucia española. Este sobre ha sido un recurso que conservaré en mi memoria como magnífico exponente da ella. Y como ya estaba en conocimiento de la furia, no quiero fallar a mi palabra. Sois libre, y permitidme que esta lancha os conduzca hasta el velero que os pertenece muy

legítimamente.

Acercábase ya la lancha al costado del “Aquilón”, cuando Lord Bolingbrooke dijo suavemente:

—Espero no tener nunca más la ocasión de veros, señor. No habrían entonces planos que os salvasen.

—Juego con fuego una vez en cada sitio, Milord. Así me salvo de ser achicharrado.

Antes de colocar el pie en la escalera de cuerda que había sido arrojada desde cubierta del “Aquilón”, el Pirata Negro se inclinó para corresponder al seco saludo de cabeza del inglés.

—Por lo que habéis hecho, señor, olvidaré lo quo sois y hayáis podido hacer.

—Por mi barco, Milord, sabré acordarme que los ingleses cumplen sus palabras de honor. Adiós.

EPILOGO

Desde cubierta contempló el Pirata Negro cómo la fragata izaba de nuevo sus velas y tomaba rumbo hacia las costas inglesas.

Volvióse y se encaramaba poco después en el castillete de proa.

—¡A sus puestos todos! ¡Proa a Burdeos!

El “Aquilón” fué hinchando al viento sus lonas, distanciándose cada vez más de las brumas inglesas.

Sondaba ya cercana la visión de una estrecha linea denotando el litoral francés, cuando varios silbidos emitidos por el Pirata Negro reunieron en cubierta a todos los hombres libres de maniobra.

Formaron en dos filas, destocados, y sintiéndose felices porque el velero navegaba libre, dirigido por “él”...

—Ved dos filas de hombres. En una de ellas está al frente “Cien Chirlos”. La otra carece de cabecilla.

“Piernas Largas” se destacó, viniendo a colocarse al pie del castillete.

—Señor: elegí ya cuerda.

Lo dijo con sencillez, y con la misma sencillez los que le escuchaban admitieron su declaración.

Era él quien mandaba el barco cuando éste cayó en poder de los ingleses...

El andaluz mostraba entre sus manos el recio cáñamo arrollado en variáis vueltas.

El Pirata Negro, cruzando los brazos, habló incisivamente:

—A cualquiera de mis hombres le puedo perdonar cualquier delito. Pero el haber puesto en peligro mi barco eso no puede tener perdón ni clemencia. ¿Quién eliges, para que cumpla la sentencia, chiclanero?

—Yo mismo, señor. Con tu venia.

El andaluz, diestramente lanzó el cáñamo, sujetando el lazo final en un, resalte de hierro del palo mayor.

Comprobó que estaba sólidamente cogido, y entonces procedió a hacer un nudo corredizo en el otro extremo, Habiéndose abrazado al palo con las piernas mientras efectuaba esta operación.

Cuando descendió, el nudo quedaba colgando a un metro de su cabeza, y fué a buscar un cajón, que colocó bajo el nudo.

—Puedes despedirte de quien quieras, chiclanero-dijo el Pirata Negro hoscamente —. Yo siento perderte, pero a bordo sólo hay una ley.

—Quiero, señor, que cuando pienses en mí no me maldigas por haber sido tan torpe de no impedir que tu “Aquilón” estuviera aunque sólo fuese unos días, en poder de enemigos.

Y pido tu permiso para que sea. “Cien Chirlos” el que pegue puntapié al soporte de mis pies.

Subió el andaluz, encima del cajón, pasándose el nudo corredizo alrededor del cuello,

“Cien Chirlos”, a una señal del Pirata Negro, acercóse al lugar donde “Piernas Largas”, en pie, juntaba sus manos.a la espalda.

—Mueres manos libres, Curro Montoya-dijo desde lo alto el Pirata Negro —Porque tu delito no fué do maldad ni traición, sino de imprudencia.

De pronto un rayo de sol atravesó la bruma, amarilleando la cubierta. El crepúsculo francés enviaba los últimos rayos de su sol...

Y todos los piratas miraron con asombro hacia el castillete al oír la brusca y ronca carcajada del hombre que hacía tanto tiempo no reía.

—¡Hatajo de bestias! ¿Íbamos a ver cómo pataleaba este imbécil que no se dejó vencer por los ingleses, sino por la niebla? El sol ha hablado. Dice que a su luz, o por las noches tropicales, que es donde el andaluz nació y aprendió a luchar, el “Aquilón” nunca habría caído sin combate. El sol manda más que el capitán de un barco. ¿No me dijisteis, chiclanero, que el sol era tu mejor amigo? Él te ha salvado. Quítate la corbata del cuello y reintégrate a tu puesto. Sigues siendo el segundo, después de Cien Chirlos”. Nada has perdido de categoría ni de valentía... ¡porque yo también perdí entre las nieblas! Me vencieron, y por tanto no puedo desobedecer el mensaje del sol. Si ahora somos de nuevo gente libre fué por que

el azar así lo quiso. Yo no debí nunca llevar a mí “Aquilón” a las brumas inglesas.

"Piernas Largas” quitóse del cuello el cáñamo y bajó pisando la cubierta. Se arrodilló, alzado el rostro hacia el castillete.

El Pirata Negro, cruzados los brazos le miró fieramente:

—Sigue aun colgando el cáñamo, animal.

—De rodillas estoy, señor, porque le doy gracias... al sol, que supo ser generoso. Y ahora en pie, señor, ¿puedo... puedo solicitar una merced?

Veamos a ver de qué se trata.

—Mi guitarra enmohece. Sus cuerdas están tensas esperando cantar alegre canción... porque vibran hace unos instantes... desde que oyeron tu carcajada.

—¡Coplero! —rezongó el Pirata Negro, volviéndose de espaldas —. El sol va acostándose, pero el mar canta... Competid con él, si podéis, mis valientes.

Las primeras sombras de la noche aureolaban el velero, que seguía su rumbo hacia Burdeos, mientras en su cubierta la voz bien timbrada de Curro Montoya cantaba la alegría de vivir.

Y sus coplas eran coreadas vocingleramente por todos los tripulantes del velero rescatado...

En el castillete de proa, el Pirata Negro abarcó con la vista sus afectos: las velas tensas, el oleaje del mar, y aquellos hombres primitivos, bastos y de agitada existencia que cantaban ahora la canción de la inquietud del que navega de puerto en puerto.

FIN DE



Notas

[1] Ver Angus el Tenebroso < <